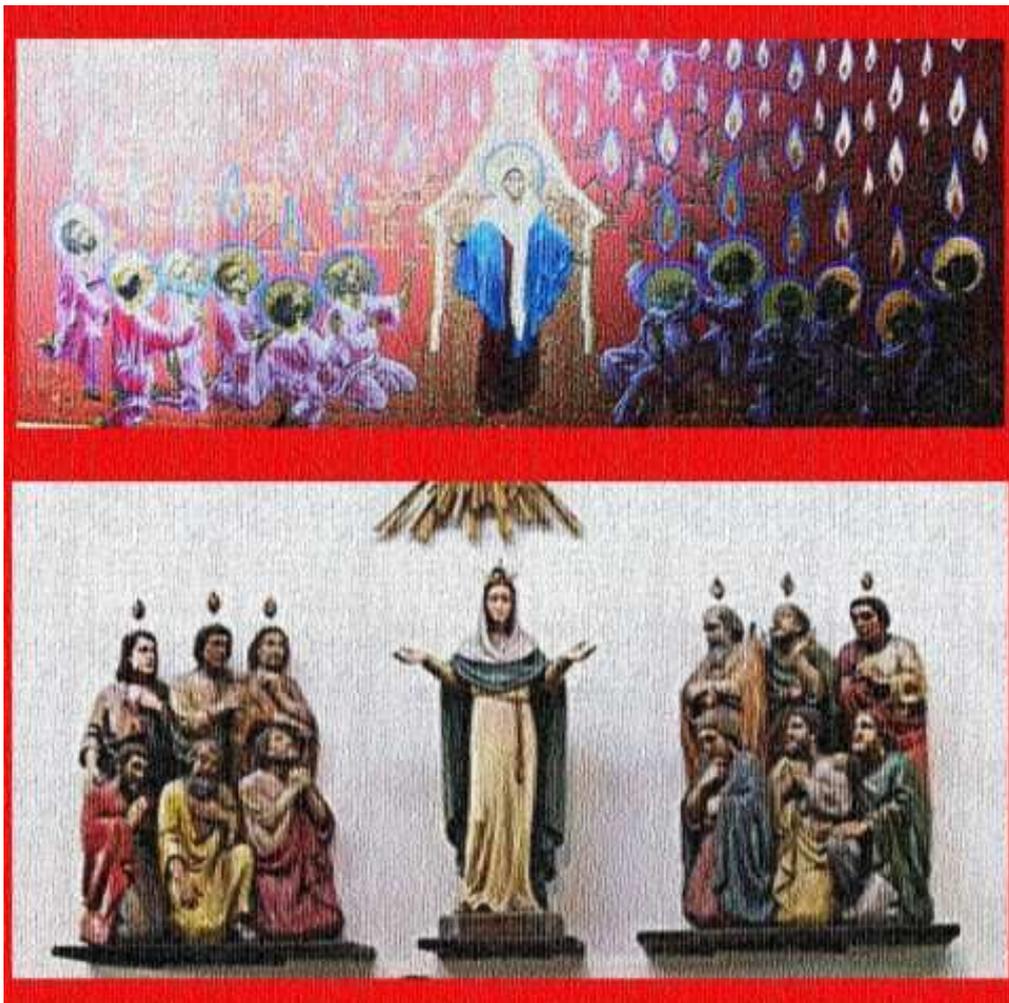


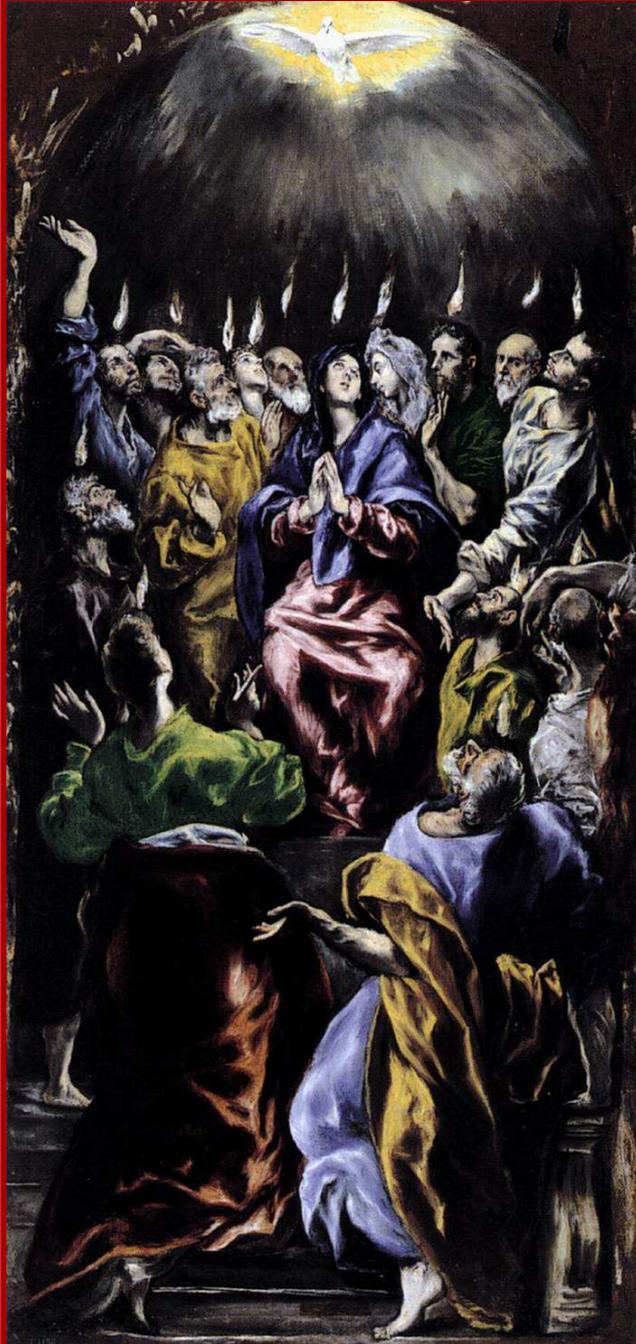
Liturgia Eucarística Dominical

PENTECOSTES (S)

ROJO

23 DE MAYO 2010





Evangelio según San Juan Jn 14, 15- 16. 23-26

Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y Él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes. Quien me ama, será fiel a mi palabra y mi Padre lo amará; iremos a Él y habitaremos en Él. Quien no me ama, no es fiel a mis palabras: La palabra que ustedes oyen no es mía, sino del Padre que me envió.

Yo les digo estas cosas mientras permanezco con ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho.



San Antonio de Padua (hacia 1195-1231), franciscano, doctor de la Iglesia *Sermones para el domingo y las fiestas de los santos*



«Y vosotros sois testigos de esto»

Pentecostés es la palabra griega que significa «cincuentena». Este día cincuenta que celebraba el pueblo judío, se contaba a partir del día que habían inmolado el cordero pascual; y eso era porque, cincuenta días después de la salida de Egipto, la Ley fue dada sobre la cumbre ardiente del monte Sinaí. De igual manera, en el Nuevo Testamento, cincuenta días después de la Pascua de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y se les apareció en forma de lenguas de fuego. La Ley fue dada en el monte Sinaí, el Espíritu en el monte Sión; la Ley en la cima del monte, el Espíritu en el Cenáculo.



«Todos los discípulos estaba juntos el día de Pentecostés. De repente, un ruido del cielo»... Tal como lo dice un salmo: «el correr de las acequias alegra la ciudad de Dios» (45,5). Un gran ruido acompaña la llegada de aquel que venía a enseñar a los fieles. Fijaos como eso está de acuerdo con lo que leemos en el Éxodo: «Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar» (19,6). El primer día fue la encarnación de Cristo; el segundo día, su Pasión; el tercer día el envío del Espíritu Santo. Llega ese día: se oye el trueno, hay un gran ruido, brillan los relámpagos –los milagros de los apóstoles-; un nube espesa –la compunción del corazón y la penitencia- cubre la montaña, el pueblo de Jerusalén (Hch 2,37-38)...

«Vieron aparecer unas lenguas como llamaradas de fuego». Unas lenguas, las de la serpiente, de Eva y Adán, habían hecho entrar la muerte en este mundo... Por eso el Espíritu aparece en forma de lenguas, oponiendo lenguas a lenguas, curando a través del fuego el veneno mortal... «Y empezaron a hablar». Este es el signo de la plenitud; el vaso lleno hasta rebosar; el fuego que no se puede contener... Estas diversas lenguas son las diferentes lecciones que nos ha dejado Cristo, como son la humildad, la pobreza, la paciencia, la obediencia. Hablamos estas diversas lenguas cuando damos ejemplo de estas virtudes al prójimo. La palabra es viva cuando hablan las obras. ¡Hagamos hablar a las obras!



DOMINGO DE PENTECOSTÉS-C

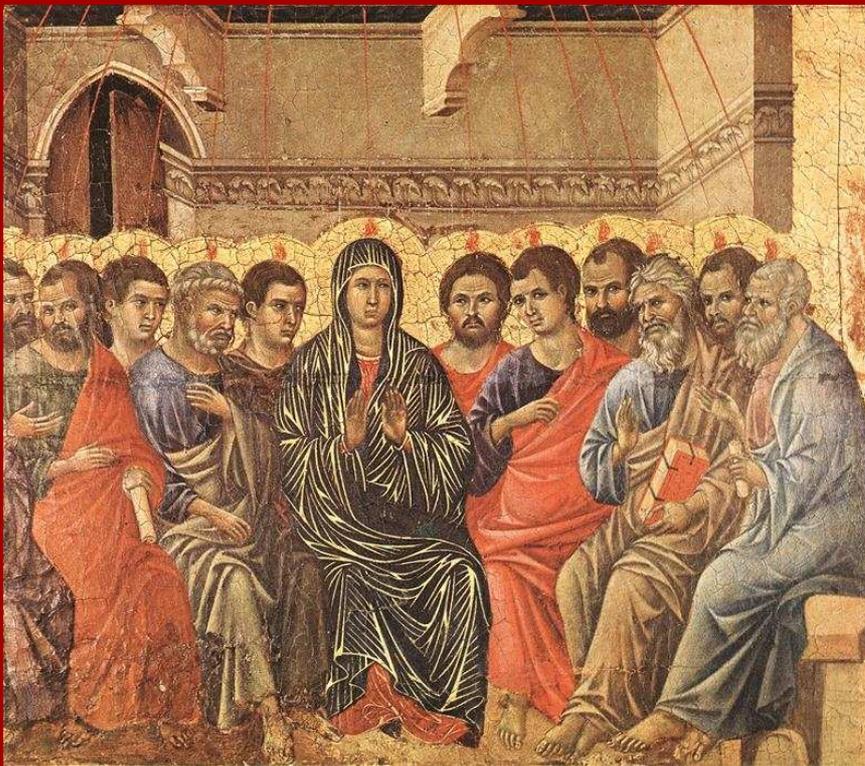
«Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, estando cerradas las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con vosotros. Y dicho esto les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor se alegraron los discípulos. Les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió así os envío yo. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos.» (Juan 20, 19-23)

1º. Jesús, lo primero que haces tras la resurrección es enviar el Espíritu Santo a tus discípulos.

Tú eres *Dios-con-nosotros*.

El Espíritu Santo es *Dios-en-nosotros*.

Una vez resucitado envías ya tu Espíritu; pero aún no de modo solemne hasta que subas a los cielos.



Diez días después de tu ascensión, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo transformará completamente a tus discípulos, antes temerosos e incrédulos. Es el inicio de la



Iglesia.

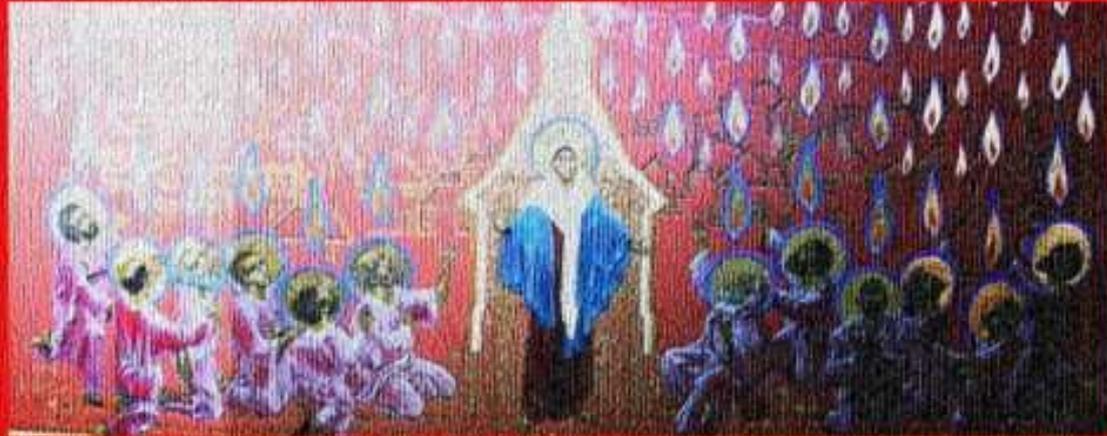
«Las Hechos de los Apóstoles, al narrarnos los acontecimientos de aquel día de Pentecostés en el que el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos de Nuestro Señor; nos hacen asistir a la gran manifestación del poder de Dios, con el que la Iglesia inició su camino entre las naciones. (...) La venida solemne del Espíritu en el día de Pentecostés no fue un suceso aislado. Apenas hay una página de los Hechos de los Apóstoles en la que no se nos hable de El y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primitiva comunidad cristiana.

Esa realidad profunda que nos da a conocer el texto de la Escritura Santa, no es un recuerdo del pasado, una edad de oro de la Iglesia que quedó atrás en la historia. Es, por encima de las miserias y de los pecados de cada uno de nosotros, la realidad también de la Iglesia de hoy y de la Iglesia de todos los tiempos.

2º. «Para concretar; aunque sea de una manera muy general, un estilo de vida que nos impulse a tratar al Espíritu Santo -y, con Él, al Padre y al Hijo- y a tener familiaridad con el Paráclito, podemos fijarnos en tres realidades fundamentales: docilidad, vida de oración, unión con la Cruz.

Docilidad, en primer lugar; porque el Espíritu Santo es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. El es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros.

Vida de oración, en segundo lugar; porque la entrega, la obediencia, la mansedumbre del cristiano nacen del amor y al amor se encaminan. Y el amor lleva al trato, a la conversación, a la amistad. La vida cristiana requiere un diálogo constante con Dios Uno y Trino, y es a esa intimidad a donde nos conduce el Espíritu Santo. (...) Acostumbrémonos a frecuentar al Espíritu Santo, que es quien nos ha de santificar: a confiar en El, a pedir su ayuda, a sentirlo cerca de nosotros. Así se irá



agrandando nuestro pobre corazón, tendremos más ansias de amar a Dios y, por El, a todas las criaturas.

Unión con la Cruz, finalmente, porque en la vida de Cristo el Calvario precedió a la Resurrección y a la Pentecostés, y ese mismo proceso debe reproducirse en la vida de cada cristiano: «somos - nos dice San Pablo - coherederos con Jesucristo, con tal que padezcamos con El, a fin de que seamos con Él glorificados». El Espíritu Santo es fruto de la cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos.

Sólo cuando el hombre, siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios,



estando realmente desprendido del egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir; cuando vive verdaderamente de fe, es entonces y sólo entonces cuando recibe con plenitud el gran juego, la gran luz, la gran consolación del Espíritu Santo». (Es Cristo que pasa, 127-137).



Esta meditación está tomada de: "Una cita con Dios" de Pablo Cardona. Ediciones Universidad de Navarra. S. A. Pamplona.



Antonio Barbagelata figari

2019-2010 annus sacerdotales

Dominica





Regina Caeli

Benedicto XVI a 200 mil peregrinos solidarios con él

Meditación sobre la Ascensión



CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 16 de mayo de 2010 (ZENIT.org).- Publicamos las palabras que dirigió Benedicto XVI este domingo al rezar la oración mariana del *Regina Caeli* junto a unos 200 mil peregrinos congregados en la Plaza de San Pedro del Vaticano, entre los que se encontraban miembros de asociaciones y movimientos eclesiales procedentes de toda Italia para mostrar al Papa su afecto y apoyo en estos momentos difíciles.



Queridos
hermanos y
hermanas:

Hoy, en Italia y en otros países, se celebra la Ascensión de Jesús al Cielo, que tuvo lugar cuarenta días después de Pascua. En este domingo tiene lugar, además, la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, sobre el

tema: ["El sacerdote y la pastoral en el mundo digital. Los nuevos medios al servicio de la Palabra"](#). En la liturgia, se narra el episodio del último

momento del Señor Jesús con sus discípulos (Cf. *Lucas* 24, 50-51; *Hechos* 1, 2.9); pero no se trata de un abandono, pues Él se queda para siempre con ellos, con nosotros, de una forma nueva. San Bernardo de Claraval explica que la ascensión al cielo de Jesús se realiza en tres grados: "el primero es la gloria de la resurrección, el segundo el poder de juzgar, y el tercer consiste en sentarse a la derecha del Padre" (*Sermo de Ascensione Domini*, 60, 2: *Sancti Bernardi Opera*, t. VI, 1, 291, 20-21). Este evento está precedido por la bendición de los discípulos, que les prepara para recibir el don del Espíritu Santo para que la salvación sea proclamada por doquier. Jesús mismo les dice: "Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, y voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre" (Cf. *Lucas* 24, 47-49).

El Señor atrae la mirada de los apóstoles, y la nuestra, hacia el cielo para indicar cómo hay que recorrer el camino del bien durante la vida terrena. Sin embargo, Él permanece en la trama de la historia humana, está junto a cada uno de nosotros y guía nuestro camino cristiano: es compañero de los perseguidos a causa de la fe; está en el corazón de quienes son marginados; está presente en aquellos a los que se les niega



el derecho a la vida. Podemos escuchar, ver y tocar al Señor Jesús en la Iglesia, especialmente a través de la Palabra y de los sacramentos. En este sentido, exhorto a los muchachos y a los jóvenes que en este tiempo pascual reciben el sacramento de la Confirmación a que sean fieles a la Palabra de Dios y a la doctrina aprendida, así como a que se acerquen con asiduidad a la Confesión y a la Eucaristía, conscientes de haber sido escogidos y constituidos para testimoniar la Verdad. Renuevo, además, mi particular invitación a los hermanos en el sacerdocio para que "con su vida y obras, se distingan por un vigoroso testimonio evangélico" ([Carta para la convocación del año sacerdotal](#)) y sepan también utilizar con sabiduría los medios de comunicación para dar a conocer la vida de la Iglesia y ayudar a los hombres de hoy a descubrir el rostro de Cristo ([Mensaje para la XLIV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2010](#)).



Queridos hermanos y hermanas: el Señor, al abrirnos el camino al cielo, nos permite experimentar ya en esta tierra la vida divina. Un autor ruso del siglo XX, en su testamento espiritual, escribía: "Contemplad con más frecuencia las estrellas. Cuando carguéis con un peso en el espíritu, contemplar las estrellas o el azul del cielo. Cuando os sintáis tristes, cuando os ofendan,... pasad un momento... con el cielo. Entonces vuestra alma encontrará el descanso" (N. Valentini - L. Žák, *Pavel A.*



Florenskij. Non dimenticatemi. Le lettere dal gulag del grande matematico, filosofo e sacerdote russo, Milano 2000, p. 418).

Doy gracias a la Virgen María, a quien he podido venerar en el Santuario de Fátima en estos días pasados, por su maternal protección durante la intensa peregrinación a Portugal. A ella, que vela por los testigos de su amado Hijo, dirigimos con confianza nuestra oración.

V. Regina coeli, laetare.
R. Allelúja.

V. Quia quem meruisti portare.
R. Allelúja.

V. Resurrexit, sicut dixit.
R. Allelúja.

V. Ora pro nobis Deum.
R. Allelúja.

V. Gaude et laetare, Virgo Maria. Allelúja.
R. Quia surrexit Dominus vere. Allelúja.

Orémus:
Deus, qui per resurrectionem Filii tui Domini nostri Jesu Christi mundum laetificare dignatus es: praesta quaesumus ut per ejus Genetricem Virginem Mariam perpetuae capiamus gaudia vitae. Per eundem Christum Dominum nostrum.
R. Amen.





REINA DEL CIELO

SANTUARIO CENÁCULO DE BELLAVISTA

16 DE MAYO ASCENCION DEL SEÑOR

REGINA COELI

Durante el tiempo pascual, en lugar del Ángelus, se dice el Regina coeli.

V. Reina del cielo, alégrate.

R. Aleluya.

V. Porque el Señor, a quien mereciste llevar.

R. Aleluya.

V. Ha resucitado, como lo había dicho.

R. Aleluya.

V. Ruega al Señor por nosotros.

R. Aleluya.

V. Goza y alégrate, Virgen María. Aleluya.

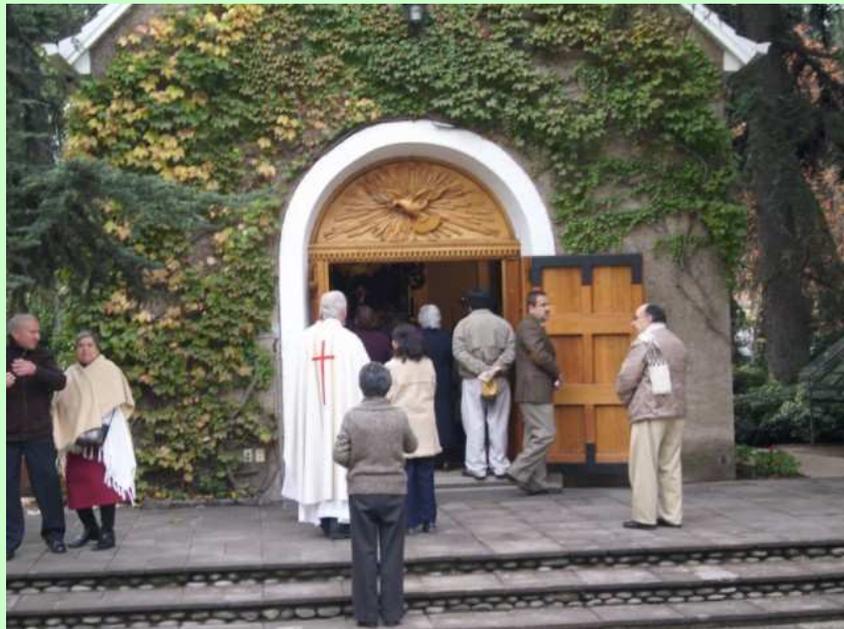
R. Porque verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Oremos:

Oh Dios, que por la resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, has llenado el mundo de alegría, concédenos, por intercesión de su Madre, la Virgen María, llegar a alcanzar los gozos eternos. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén







Antonio Barbagelata figari

2019-2010 annus sacerdotales

Dominica

Misa Ascensión Del Señor "Homilía"





18 De Mayo Día De Alianza De Amor Con La Mater





Presentación De Las Ofrendas





Antonio Barbagelata figari

2019-2010 annus sacerdotales

Dominica

20 De Mayo Misa De Los 61 Años De La Bendición Del Santuario

“Epiclesis”





NUESTRO SANTUARIO CENÁCULO DE BELLAVITA ESTE 20 DE MAYO DEL 2010



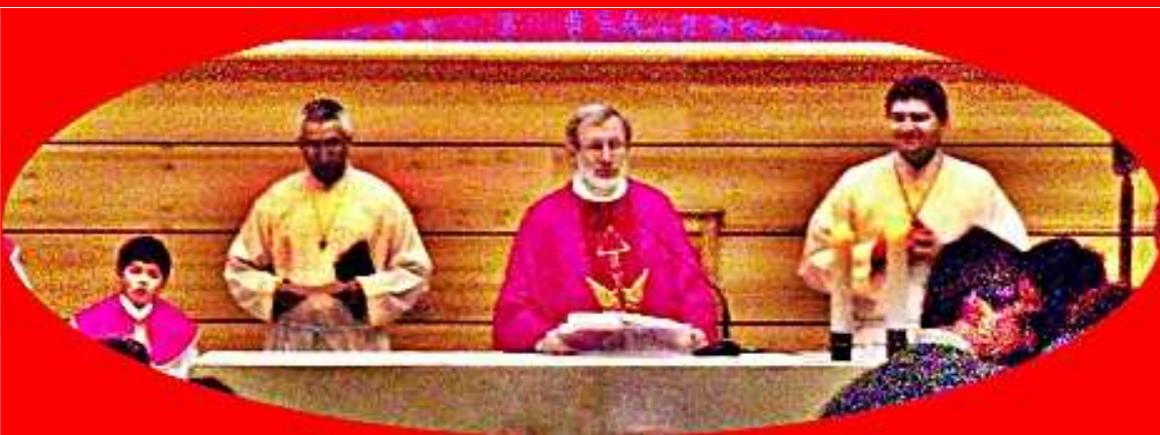


Antonio Barbagelata figari

2019-2010 annus sacerdotales

Dominica





COLOR LITÚRGICO DE PENTECOSTES: *ROJO*

El color rojo es el color de la sangre y del fuego. Por eso se usa el Domingo de Pasión y el Viernes Santo, en la fiesta de Pentecostés, en las fiestas de la Pasión del Señor, en las fiestas de los Apóstoles y Evangelistas, y en las fiestas de los santos Mártires.

El rojo nos trae a la imaginación el fuego y la sangre. Es un color "agresivo", que puede simbolizar el sentido de la culpa (tiene las manos rojas quien derrama sangre ajena), de peligro (el "stop" del semáforo) y también el amor.

Los profetas parece que identificaban la situación de pecado con el color rojo: "así fueren vuestros pecados como la grana, quedarán blancos cual la nieve, y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán" (Isaías 1,18).

El rojo es ahora el color del Domingo de Ramos y del Viernes Santo, por su aproximación a la Cruz; de la



fiesta de Pentecostés, por el fuego del Espíritu; la exaltación de la Cruz el 14 de septiembre; las fiestas de los apóstoles, los evangelistas y todos los mártires, porque han dado testimonio con sus vidas de su fe en Cristo. La Confirmación se celebra en blanco, pero también se puede en rojo, subrayando la donación del Espíritu.



345. La diversidad de los colores en las vestiduras sagradas tiene por objeto expresar con más eficacia, aun exteriormente, tanto las características de los misterios de la fe que se celebran, como el sentido progresivo de la vida cristiana a lo largo del año litúrgico.

346. En cuanto al color de las vestiduras sagradas, obsérvese el uso tradicional, o sea:



a) El color blanco se usa en los Oficios y Misas del tiempo pascual y de Navidad; además en las celebraciones del Señor, que no sean de su Pasión, de la Santísima Virgen, de los Santos Ángeles, de los Santos no Mártires, en la solemnidades de Todos los Santos (1 de nov.), de San Juan Bautista (24 de junio), en la fiesta de San Juan Evangelista (27 de dic.), en la Cátedra de San Pedro (22 de febr.) y en la Conversión de San Pablo (25 de enero).

b) El color rojo se usa el domingo de Pasión y el Viernes Santo, el domingo de Pentecostés, en las celebraciones de la Pasión del Señor, en las fiestas natalicias de los Apóstoles y Evangelistas y en las celebraciones de los Santos Mártires.

c) El color verde se usa en los Oficios y Misas del tiempo “durante el año”.

d) El color morado (o violeta) se usa en el tiempo de Adviento y de Cuaresma. Puede también usarse en los Oficios y Misas de difuntos.

e) El color negro puede usarse, donde se acostumbra, en las Misas de difuntos.

f) El color rosado puede usarse, donde se acostumbra, en los domingos *Gaudete* (III de Adviento) y *Laetare* (IV de Cuaresma).

g) En los días de mayor solemnidad pueden usarse vestiduras sagradas festivas confeccionadas con materiales más nobles, aún cuando no sean del color del día.

Sin embargo, las Conferencias Episcopales, en lo que se refiere a los colores litúrgicos, pueden determinar y proponer a la Sede Apostólica las adaptaciones que respondan mejor a las necesidades y a la índole de los pueblos.

347. En las Misas rituales se usa el color propio, o blanco o festivo; en las Misas por diversas necesidades el color propio del día o del tiempo o el color morado, si expresan índole

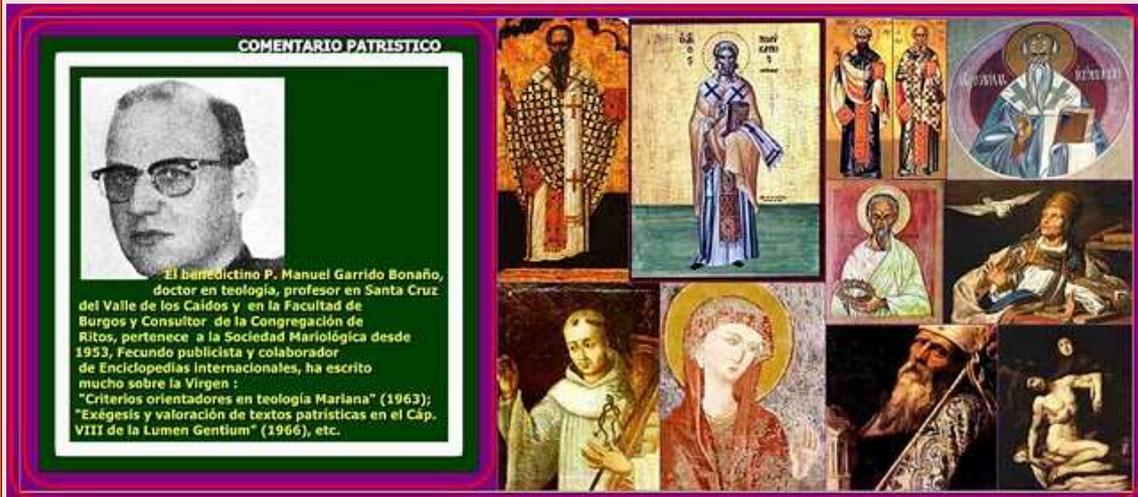


penitencial, por ejemplo: nn. 31, 33, 38; en las Misas votivas, el color conveniente a la Misa que se celebra o también el color propio del día o del tiempo.





Comentario Patristico



Domingo de Pentecostés 23 de mayo 2010

Misa del día.

Entrada: «El Espíritu llena el mundo, y Él, que mantiene todo unido, habla con sabiduría. Aleluya» (Sab 1,7). O bien: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu que se nos ha dado. Aleluya» (ROM 5,5).

Colecta (del Gelasiano y Gregoriano): « ¡Oh Dios!, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia extendida por todas las naciones, derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y no dejes de realizar hoy, en el corazón de los fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica».

Ofertorio (del Sacramentario de Bérnago): «Te pedimos, Señor, que según la promesa de tu Hijo, el Espíritu Santo nos haga comprender la realidad misteriosa de este sacrificio y nos lleve al conocimiento pleno de toda la verdad revelada».



Comunión: «Se llenaron todos del Espíritu Santo y cada uno hablaba de las maravillas de Dios. Aleluya» (Hch 2,4.11).

Postcomunión (con textos del Veronense y de la antigua liturgia hispana o mozárabe): «¡Oh Dios!, que has comunicado a tu Iglesia los bienes del cielo, haz que el Espíritu Santo sea siempre nuestra fuerza y la Eucaristía que acabamos de recibir acreciente en nosotros la salvación».

Con la donación solemne del Espíritu Santo, el Padre vinculó definitivamente la persona y la obra de su Verbo encarnado, muerto y resucitado a la realidad visible e histórica de su Iglesia, realizando así el misterio del Cristo histórico y Cristo total: Cabeza y Miembros vivificados por el mismo Espíritu de Cristo, que Él envió con el Padre, hasta la consumación de los siglos.

-Hechos 2,1-11: Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar. La venida del Espíritu Santo es, en la historia de la salvación, un acontecimiento paralelo a la Encarnación del Verbo.

-1 Corintios 12,3-7.12-13: Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo Cuerpo. El Espíritu es el que da vida y sostiene la unidad en el seno de la Iglesia. Nos hace sintonizar misteriosamente con el Corazón de Jesucristo.

-Juan 20,19-23: Como el Padre me ha enviado así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo. En virtud de la acción iluminadora y santificadora del Espíritu Santo, se realiza nuestra reconciliación con Dios en el misterio de Cristo. Oigamos a San Ireneo:

«Dios había prometido por boca de sus profetas que en los últimos días derramaría su Espíritu sobre sus siervos y siervas y que éstos profetizarían. Por esto descendió el Espíritu Santo sobre el Hijo de Dios que se había hecho Hijo del Hombre, para así, permaneciendo en Él, habitar en el género humano, reposar sobre los hombres y residir en la obra plasmada por manos de Dios, realizando así en el hombre la voluntad del Padre y renovándolo de la antigua condición a la nueva, creada en Cristo.



«San Lucas nos narra cómo después de la Ascensión del Señor, descendió sobre los discípulos, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo, con el poder de dar a todos los hombres entrada en la vida y dar su plenitud a la nueva alianza. Todos a una los discípulos alaban a Dios en todas las lenguas, al reducir el Espíritu a la unidad a los pueblos distantes y ofrecer al Padre las primicias de todas las naciones.



«Por esto el Señor había prometido que nos enviaría aquel Defensor que nos haría capaces de Dios: del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que éramos antes como un leño árido, nunca hubiésemos dado el fruto de vida, sin esta gratuita lluvia de lo alto. Nuestros cuerpos, en efecto, recibieron por el baño bautismal la unidad destinada a la incorrupción, pero nuestras almas, pero nuestras almas la

recibieron por el Espíritu.

«El Espíritu de Dios descendió sobre el Señor: Espíritu de prudencia y de sabiduría, Espíritu de consejo y de valentía, Espíritu de ciencia y de temor del Señor; y el Señor, a su vez, lo dio a la Iglesia, enviando al Defensor sobre toda la tierra desde el



cielo... Recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, retornándolo al Señor con intereses» (*Contra las herejías* 3,17,1-3).

San Basilio dice a su vez:

«Ante todo, ¿quién habiendo oído los nombres que se dan al Espíritu, no siente levantado su ánimo y no eleva su pensamiento hacia la naturaleza divina? Ya que es llamado Espíritu de Dios y Espíritu de Verdad, que procede del Padre. Espíritu firme. Espíritu generoso. Espíritu Santo es su nombre propio y peculiar... Hacia Él dirigen su mirada todos los que sienten necesidad de santificación; hacia Él tiende el deseo de todos los que llevan una vida virtuosa y su soplo es para ellos a manera de riego que les ayuda en la consecución de su fin propio y natural. Capaz de perfeccionar a los otros, Él no tiene falta de nada...Él no crece por adiciones, sino que está constantemente en plenitud; sólido en Sí mismo, está en todas partes. Él es fuente de santidad, Luz para la inteligencia; Él da a todo ser racional como una Luz para entender la verdad.

«Aunque inaccesible por naturaleza, se deja comprender por su bondad; con su acción lo llena todo, pero se comunica solamente a los que encuentra dignos, no ciertamente de manera idéntica ni con la misma plenitud, sino distribuyendo su energía según la proporción de su fe. Simple en su esencia y variado en sus dones, está íntegro en cada uno e íntegro en todas partes. Se reparte sin sufrir división, deja que participen de Él, pero Él permanece íntegro, a semejanza del rayo del sol, cuyos beneficios llegan a quien disfrute de él como si fuera único, pero, mezclado con el aire, ilumina la tierra entera y el mar... Por Él se elevan a lo alto los corazones; por su mano son conducidos los débiles; por Él los que caminan tras la virtud llegan a la perfección. Es Él quien ilumina a los que se han purificado de sus culpas y, al comunicarse a ellos, los vuelve espirituales...» (*Tratado sobre el Espíritu Santo* 9).



HOMILIA-ORACION SOBRE LAS OFRENDAS-EPÍCLISIS

Homilía

65. La homilía es parte de la Liturgia y se la recomienda encarecidamente⁶³, pues es alimento necesario para la vida cristiana. Conviene que sea una explicación o de algún aspecto de las lecturas de la Sagrada Escritura o de otro texto del Ordinario o del Propio de la Misa del día, teniéndose en cuenta el misterio que se celebra y las necesidades particulares de los oyentes.

66. De ordinario hará la homilía el mismo sacerdote celebrante o éste se la encomendará a un sacerdote concelebrante, o algunas veces, según las circunstancias, a un diácono, pero nunca a un laico. En casos particulares y por justa causa, también puede hacer la homilía un Obispo o presbítero que esté presente en la celebración pero que no puede concelebrar.

Los domingos y fiestas de precepto debe haber homilía en todas las Misas que se celebran con asistencia del pueblo, y no se la puede omitir, sino por un motivo grave; los demás días se recomienda, especialmente en las ferias de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual, como también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude en mayor número a la iglesia.

Es oportuno guardar un breve momento de silencio después de la homilía.



ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS



77. Una vez depositadas las ofrendas en el altar y concluidos los ritos correspondientes, con la invitación a orar junto con el sacerdote y la oración sobre las ofrendas, se concluye la preparación de los dones y se prepara la Plegaria eucarística. En la Misa se dice una sola oración sobre las ofrendas, que concluye con la terminación breve:

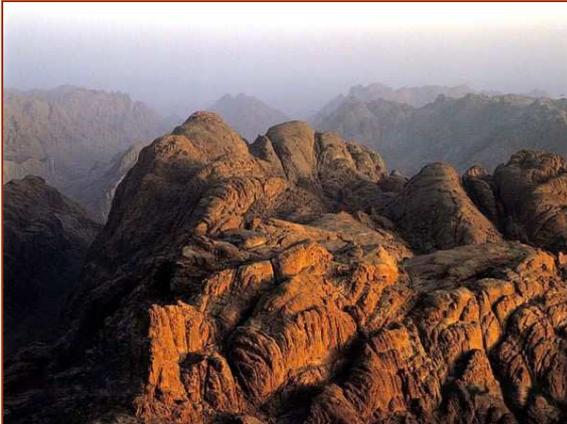
Por Jesucristo nuestro Señor; y si al final se hace mención del Hijo: **Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.**



EPICLESIS



Epiclesis: con ella la Iglesia, por medio de invocaciones peculiares, implora la fuerza del Espíritu Santo, para que los dones ofrecidos por los hombres sean consagrados; es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la Comunión, sea para salvación de quienes van a participar de ella. (Instrucción misal romano nro 79c)

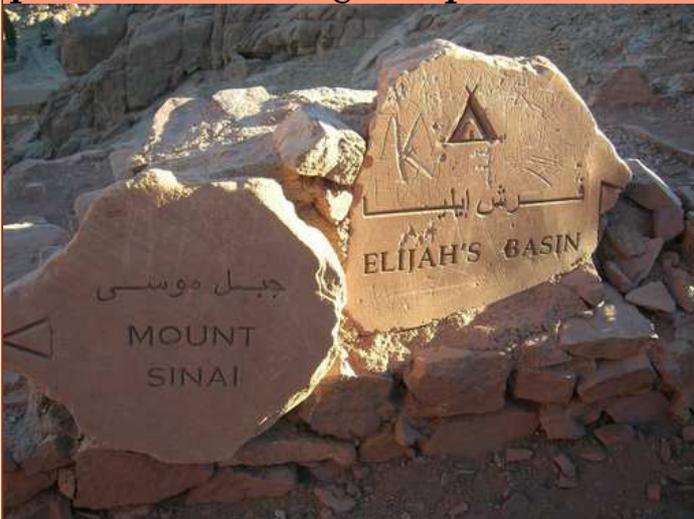


El Pentecostés hebreo

El Pentecostés hebreo recordaba el día de la Alianza del Monte Sinaí. Era el nacimiento del pueblo de Israel y el día solemne en que recibió las tablas de la ley. Era la fiesta de la Alianza entre Dios y el pueblo elegido. (Ex19, _8a.16_ 20b). Jesucristo quiso que en este mismo

día naciese el nuevo pueblo de Dios, su Iglesia. Al igual que en el Sinaí hay una teofanía con truenos y fuego (EV); y se efectúa una nueva creación, pues Jesús en el Evangelio sopla sobre los discípulos como Dios Padre sopló

sobre el cuerpo inerte de Adán dándole vida.



Los discípulos en este momento quedan constituidos en testimonios veraces y valientes de la Pascua del Señor, anunciadores de su misterio y de la nueva ley del amor, proclamada por Cristo en su Evangelio de salvación. Llega así el cumplimiento de la Pascua del Señor: los

frutos de la redención por medio de la muerte y resurrección de Cristo se concretan en la efusión del Espíritu Santo. Esta es la razón por la que San Juan coloca el día de Pentecostés con el día de la Resurrección.

Apareciendo a los discípulos reunidos en el Cenáculo, les muestra los signos de su crucifixión, Jesús sopló sobre ellos y dijo "Recibid al Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se les perdonen, les quedarán sin perdonar". Este soplo simboliza y concreta el don del Espíritu Santo, principio omnipotente de la nueva creación operada por la muerte y resurrección de Cristo. Así que el Nuevo Pueblo mediante la Sangre de Cristo, sanciona la Nueva y eterna alianza.

FUENTE: <http://es.catholic.net/>



LA LITURGIA DE PENTECOSTES



Hasta el siglo IV, toda la cincuentena pascual conmemoraba Pentecostés, aunque puede pensarse que el día de su clausura el quincuagésimo- se celebraba con especial solemnidad. Sin embargo a principio de aquel siglo comenzó a vivirse en Roma una vigilia de Pentecostés de idéntica solemnidad a la Vigilia Pascual, confiriéndole en ella los sacramentos de la iniciación. De este modo, el día quincuagésimo asumió una fisonomía litúrgica autónoma. El análisis de los contenidos, los escritos de los autores eclesiásticos y de la fecha de su aparición abogan por la originalidad de esta fiesta cristiana respecto al Pentecostés judío. La vigilia-pautada sobre la pascua- se celebró originariamente durante la noche, con la siguiente estructura:

-  Liturgia de la palabra
-  Cuatro lectura
-  Liturgia bautismal
-  Y celebración eucarística



Las ceremonias de la bendición del fuego y del cirio no fueron incluida



La liturgia actual ha pretendido recuperar la primitiva fisonomía de la clausura de la cincuentena ; de ahí que no enfatice Pentecostés, aunque no se olvide que el día de Pentecostés (al término de la siete semanas pascuales), la pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como persona divina desde su plenitud, Cristo el Señor (Hech 2,36) derrama profusamente el Espíritu (CEC 731) El misal prevé una misa para el sábado por la mañana, otra para el sábado, antes o después de las primeras vísperas (aunque estrictamente hablando, no es una misa vigiliar , pues la vigilia se ha suprimido, y una tercera, para el mismo día de Pentecostés.



La liturgia desarrolla dos grandes temas:

078 El cumplimiento definitivo de la nueva Alianza entre Dios y los hombres por medio de Jesucristo y del Espíritu Santo.

078 Y la manifestación de la Iglesia ante el mundo, fundada por la palabra y la Sangre de Cristo garantizada por el testimonio del E. Santo, que impulsa a los Apóstoles a predicar las maravillas de Dios.





ESPÍRITU Y RUAH EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Cómo ha encontrado la Biblia las palabras que le permiten evocar las realidades divinas, invisibles e inefables? La revelación del ser y de la acción del Espíritu Santo no es más que un ejemplo entre otros de la manera con que los autores bíblicos han expresado la presencia de Dios en su creación a partir de unas palabras muy simples. Como todo lenguaje, *es a.* partir de la experiencia cotidiana y luego de la experiencia histórica como estas palabras se vieron cargadas de una experiencia muy distinta en donde se manifestaba el don del creador a su criatura. Cuando se acaba la Biblia con el testimonio de los escritos joánicos, está ya constituido un lenguaje teológico al que la iglesia se referirá siempre para expresar la acción de Dios de la que vive.



EL ESPÍRITU Y EL SOPLO

¿Qué es lo que significa en el cuarto evangelio el término del Espíritu Santo (*pneuma hagion*) que también emplean, aunque con menor frecuencia, Pablo y los

Hechos? En Jn 3, 6-8, en la conversación de Jesús con Nicodemo, nos pone él mismo sobre la pista: «Lo que ha nacido del Espíritu (*pneuma*) es espíritu... El viento (*pneuma*) sopla por donde quiere; oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adonde va. Así ocurre con todo el que ha nacido *del pneuma*». El evangelista utiliza adrede la misma palabra para el viento que sopla y para el Espíritu.

De aquí se ha deducido con frecuencia que el soplo era la imagen material por la que la Biblia habla del Espíritu Santo. Realmente, en los Hechos, Pentecostés comienza con «un ruido como el de un viento violento»

(Hch 2, 2). Pero luego ya no se habla de él, y por otra parte no se trata de un soplo, sino de un ruido. Por tanto, la Biblia ha recurrido a más de una imagen para hablar del Espíritu Santo. Este juego de imágenes, escogidas siempre con precisión, es el que



hemos de seguir si queremos abrírnos a la doctrina bíblica del Espíritu Santo.

Se sabe que el Nuevo Testamento ha sacado su vocabulario teológico de la traducción griega del Antiguo, los Setenta.

Allí es donde leemos la expresión «Espíritu Santo» (*to pneuma to hagion*), en el salmo 51 (50), 13, «Miserere», así como en Is 63, 10-11.

SOPLO O ATMOSFERA



Este *pneuma* griego traduce la palabra hebrea *ruah*. Pues bien, este término quiere decir algo más que «soplo». Los especialistas en lenguas semíticas han buscado para esta palabra una raíz que significa «soplar»; no han podido encontrar este sentido más que en algunas raras formas verbales, en árabe o en etiópico, pero que dependen precisamente de la Biblia. De hecho, la raíz del término *ruah* significa el espacio, la distancia (Gn 32, 17), incluso el vacío. De esta raíz proceden dos nombres: uno que es el espacio perfumado, el olor, el *reah*; el otro es el espacio neutro, invisible, impalpable, la atmósfera exterior al hombre, o la *ruah*. El soplo, la respiración por la que el hombre participa de ese espacio vital, no es la *ruah*, sino la *nefesh* (por la garganta) o la *neshama* (por la nariz, más cerebral: Gn 2, 7). En el Sal 104, 30, el salmista le dice a Dios: «Tú envías tu *ruah*, ellos son creados y tú renuevas la faz de la tierra». Ya en un texto de Ugarit del siglo XIV a. C. (la leyenda de Aqhat) se decía del héroe muerto que «su *nefesh* había salido



de él como la *ruah*». Los hombres y los animales son «soplos de vida»: necesitan de la *ruah* para respirar y vivir. El Señor la puede quitar (Gn 6, 3; Sal 104, 29), y entonces el hombre muere. Pero esta atmósfera es un elemento muy extraño en varios aspectos. Puede ser tranquila, ligera o violenta: azulada o sombría y envuelta en nubarrones. Los babilonios distinguían así entre el viento violento y terrible (*shan.*) y la brisa ligera y refrescante del norte (*zaqiqu*). Las personalizaban y a veces las divinizaban, ya que toda fuerza de vida era un dios. Los israelitas distinguieron entre la *ruah* silenciosa que roza la piel (Job 4, 15) y la *ruah* violenta que «parte las montañas y destroza las rocas» (1 Re 19, 11). La *ruah* ligera será a veces un «espíritu», como el *zaqiqu*. El viento puede ser un viento del este que agosta los campos y trae los saltamontes del desierto (Ex 10, 13), o el viento fresco del oeste que viene del mar y los expulsa (Ex 10, 19). De aquí vendrán las imágenes bíblicas de la *ruah* como soplo o viento.

ESPACIO VITAL Y VIDA HUMANA

Pero la *ruah* sigue siendo ese espacio vital que Dios posee (Gn 6, 3) y del que participa el hombre mientras vive. En relación con este elemento vital es también como se expresa su modo de vida, su temperamento.

Cuando le falta espacio vital, el hombre es «corto de *ruah*», es decir, impaciente e irascible (Prov 14, 29); del mismo modo, el orgulloso es «alto de *ruah*», mientras que el humilde es «bajo de *ruah*» (Prov 29, 33). El que tiene tiempo por delante es «largo de *ruah*» (Ecl 7, 8), mientras que el angustiado es «estrecho de *ruah*» (Job 7, 11). Uno es «duro de *ruah*» cuando no le impresionan las palabras que oye (1 Sm 1, 15; Dt 2, 30), «amargo de *ruah*» cuando el ambiente familiar le resulta ingrato (Gn 25, 35), «frío de *ruah*» cuando no participa de una excitación colectiva (Prov 17, 27). Finalmente, uno puede verse «apagado, roto, pulverizado de *ruah*» en caso de depresión, o bien «lleno de *ruah*», en caso contrario (Miq 3, 8; Dt 34, 9). La mayor parte de estas expresiones son difíciles de explicar si la *ruah* no es más que un soplo, pero se explican bien si se trata de un ambiente de vida, de una atmósfera y de la manera con que se participa de ella.



Este ambiente vital, fuerza de una vida muy especial, podía ser divinizada en el politeísmo. Entre los cananeos de Ugarit, pertenecía a Baal; en la Biblia, le pertenece al Señor Dios, tanto cuando juzga (Gn 3, 8) como cuando hace vivir o morir (Gn 6,3). Dispone de ella y puede dársela a los demás. En algunos textos antiguos se dice de ciertos jueces, como Sansón, el hombre de fuerza sobrehumana (Que 14, 6.19...), y de algunos reyes como Saúl (1 Sm 10, 6; 11, 6) y David (1 Sm 16, 13) que, cuando fueron ungidos, la *ruah* «penetró sobre» ellos entonces lo mismo que el aceite que robustece al cuerpo. Pero la Biblia prefiere de ordinario otros verbos o expresiones que marcan mejor el carácter exterior de la *ruah*. «Reviste» a Gedeón (Que 6, 34). Más comúnmente se dice, con pudor, que la *ruah* «está sobre» aquel que el Señor impregna de su fuerza para salvar y gobernar al pueblo: Otoniel (Que 3, 10), Jefté (Que 11, 29) o «el vástago déjese» (Is 11, 1). La imagen más material, en un texto que por otra parte es muy «espiritual», es la que habla de que Dios toma de la *ruah* que había «sobre» Moisés para ponerla «sobre» los 70 ancianos, llamados a compartir con él la carga del pueblo de Dios (Nm 11, 25). En este pasaje de tipo profético podemos ya traducir *ruah* por «espíritu».

DIFERENTES SENTIDOS DE LA PALABRA

Vemos pues cómo, aunque conserva la misma palabra para designar la fuerza vital de que depende el hombre, la Biblia le da diversos sentidos.

1. Es la fuerza vital excepcional que el Dios nacional le da al jefe que ha escogido para salvar a su pueblo, y especialmente al «ungido del Señor», al vástago de Jesé, nuevo David; no solamente «reposa sobre él» el espíritu, como don permanente y no transitorio como para Saúl (1 Sm 16, 14), sino que «hace respirar» en torno a él ese espíritu que inspira el temor de Dios (Is 11, 1-3).

2. La palabra toma un sentido psicológico, sobre todo bajo la influencia de la corriente sapiencial. Hemos visto varios ejemplos.



A menudo la *ruah* del hombre no es más que su modo de participar en el ambiente vital que le rodea. Pero se hablará también de la *ruah* propia del hombre. Cuando se le da a Saúl el espíritu de Dios, en 1 Sm 10, se dice solamente que se convierte en «otro» hombre, con «otro» corazón (v.6 y 9). Mientras que en Ez 36, 26s, cuando Dios pone su *ruah*, su Espíritu en el hombre, éste adquiere un corazón nuevo y una nueva *ruah* (cf. también Ez 11,19; 18, 31). Dios es el «Dios de los espíritus de toda carne» (Nm 16, 22).

3. A partir del sentido de atmósfera, el término toma un sentido muy físico para designar el viento: brisa, vendaval que destruye o aire ardiente del desierto Qob 1, 19; Jr 4, 11 -13). El Sal 104, después de evocar de forma más o menos mítica a Dios cabalgando «sobre las alas del viento», indica a continuación (pasando del singular al plural) que los vientos son mensajeros, ángeles de Dios (Sal 104, 3-4).

4. El término toma incluso un sentido cósmico cuando se habla de las cuatro *ruah* del mundo, que son los cuatro puntos cardinales (Ez 37, 9; 1 Cr 9, 24): expresión de origen babilonio.

5. Finalmente, se precisa un sentido teológico. Si hay un Espíritu del Señor, hay además otros espíritus en el mundo. Pertenecen a la corte divina (1 Re 22, 21) y pueden dañar al hombre; así, el Satanás del prólogo de Job o el espíritu malo que viene sobre Saúl después de habersele dado a David el Espíritu del Señor (1 Sm 16, 14).

EZEQUIEL Y LA TEOLOGÍA DEL ESPÍRITU

Ezequiel juega con todos estos sentidos. El será el gran profeta del Espíritu, Antes de él, los profetas eran los hombres de la palabra, y ninguna vocación de profeta había tenido lugar bajo el movimiento del Espíritu.

Miqueas, que fue el profeta del rey Ezequías y participó en su reforma (Jr 26, 28), participó también de su espíritu de justicia y de aliento, para anunciar a Israel sus fechorías (Miq 3, 8). Después de la desaparición de la realeza, Ezequiel será el profeta del Espíritu, que «cae» sobre él, «viene» a él, lo «lleva», lo «transporta». En



nombre del Dios de Israel, ordenará al Espíritu (*ruah*), venido de los cuatro puntos cardinales (*ruhot*, plural de *ruah*), que restaure al pueblo haciendo revivir los huesos secos (37). No lo llama todavía Espíritu Santo, como tampoco llama santo al nuevo pueblo de Dios (Ez 40-48). Pero así es como lo llamará el Salmo 51, que le debe mucho a Ezequiel. Más todavía vemos esto en los c. 56-66 del libro de Isaías, cuando comienzan a regresar los repatriados (Is 56, 8). El ángel que acompañaba al pueblo hebreo por el desierto (Ex 23, 20; 32, 34; 33, 2) es llamado Espíritu Santo en Is 63, 10s. El quiso conducir al pueblo a su descanso (v. 14). El Espíritu es llamado santo, como Dios es santo (Is 6, 1) y como debe ser santo el pueblo (Dt 7,6; cf. Lv 17-26).

Pero, en Ezequiel, ese Espíritu sigue siendo el que anima al universo en todos sus rincones... En su célebre visión del c. 1, describe las ruedas o esferas cósmicas que van y vienen en sentido recto ante ellas, por las cuatro direcciones del cielo. No son pura materia, ya que están animadas por la *ruah* (1, 20s). Llevan encima una bóveda resplandeciente, el «firmamento», donde se asienta el trono del Señor «en forma de hombre», mientras que las ruedas cósmicas estaban asociadas a figuras animales.

EL ESPÍRITU DE DIOS EN LA CREACIÓN

Teniendo en cuenta esta lenta maduración de la revelación bíblica, es como podemos comprender el lugar que ocupa el Espíritu de Dios en la gran historia de la salvación de la tradición sacerdotal que comienza en Gn 1. Esta tradición describe las instituciones del pueblo de Dios (la alianza con Abrahán en Gn 17) en medio de los demás pueblos (alianza con Noé en Gn 9). El pueblo no será consagrado más que cuando llegue al Sinaí (Ex 19, 6), cuando sea renovada la alianza hecha con Abrahán, y esto mediante el don de un santuario (Ex 25-30; 35-40), con un clero consagrado. Pero el Espíritu no está en Aarón, el antepasado de los sacerdotes, sino «en Josué», que «está lleno del Espíritu de Sabiduría» (Dt 34, 9), ya que le ha impuesto las manos Moisés (Nm 27,18). Lo mismo que el Espíritu había salvado a la humanidad en Noé, haciendo bajar las aguas del diluvio (Gn 8, 1), está también presente en su santuario gracias al «espíritu de sabiduría» que se le dio a Bezaleel, arquitecto (Ex 31, 2), y en el país gracias a Josué, el conquistador.



Pero, como en Ezequiel, nunca se le llama a este Espíritu el Espíritu Santo.



Cuando se abre la gran obra de Dios, creadora y redentora, Gn 1, 2 nos da ya una panorámica de lo que es el Espíritu en la revelación bíblica. Este versículo es la traducción de una larga historia. Sigue estando cargado de lo que evocaba la atmósfera antes de que comenzara esta revelación. «La tierra estaba desierta y vacía, las tinieblas cubrían el abismo y el Espíritu de Dios planeaba por encima de las aguas», lo mismo que planea un pájaro, inmóvil, antes de echarse sobre su presa (cf. los textos de Ugarit). Sobre todo no hay que traducir «una *ruah* de Dios» por un «viento violento», ya que un viento violento no planea nunca. Sobre esta tierra vacía, sobre este abismo de agua, informe y tenebroso, el Espíritu de Dios no ha comenzado todavía su obra de vida. Será preciso que, lo mismo que Shu, el dios de la atmósfera en Egipto, venga a interponerse entre el cielo y la tierra, entre las aguas de arriba (las que se desbordarán en el diluvio) y las aguas de abajo, para que aparezca la atmósfera, para que los hombres y los animales puedan respirar y convertirse en «soplos de vida». Por la voluntad del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Espíritu comenzará su obra, antes de ser enviado más tarde a «renovar la



faz de la tierra» (Sal 104, 30).

Henri CAZELLES



SENTIDO DE LA PALABRA PARÁCLITO

El término «paráclito» es una simple trascripción de un adjetivo verbal griego que tiene el mismo sentido que el latín *ad-vocatus*: llamado al lado, abogado. Palabra perteneciente al lenguaje del pretorio, este término pasó al hebreo y al arameo para designar al que intercede en

favor de alguien, al que sirve de intermediario. Por este título, el ángel intercesor puede ser considerado como paráclito (Job 33, 23-25). Al ángel intercesor se opone el Satanás acusador (Zac 3, 1-6; Job 1,6; 2,1; Ap 12,10). La primera carta de Juan (2,1) nos presenta con energía a Cristo como el paráclito (en el sentido de intercesor) en virtud de su sacrificio: es el único texto del Nuevo Testamento, fuera del discurso de despedida, en donde se emplea la palabra *paraklétos*. Si la traducción «intercesor» viene bien en este caso, no responde sin embargo a las funciones que se le dan al Espíritu Santo en Jn 14-16. Por tanto, hemos de buscar en otras direcciones. En la lengua bíblica, el verbo *parakalein* y su derivado *paraklésis* son muy empleados: se relacionan con la exhortación dada por los profetas, con el aliento sacado de las Escrituras (Rom 15, 4). El mensaje del Segundo Isaías a los desterrados comienza con este verbo: «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40, 1, griego). No se trata de un consuelo sentimental, sino de una exhortación vigorosa a creer en la buena nueva de la salvación y a ponerse en camino



para volver a Jerusalén. Según Pablo, una de las funciones de la profecía consiste en asegurar la paraclesis (exhortación) de la asamblea (1 Cor 14,3). Aunque tradicional, la traducción «consolador» no logra resaltar de forma suficiente el impulso que da el Espíritu Santo mediante la enseñanza de la Escritura y la palabra de los profetas.

El cuarto evangelio presenta insistentemente al paráclito como el Espíritu de la verdad (14,17; 15, 26; 16,13). Esta expresión era conocida en el judaísmo. La encontramos especialmente en los textos de Qumrán: el Espíritu de verdad, considerado como el príncipe de las luces, emprende la lucha en el mundo y en el corazón de los hombres con el Espíritu de perversidad, llamado también ángel de las tinieblas. Manifiestamente, el cuarto evangelio ha querido clarificar todas estas representaciones: Espíritu Santo, ángel intercesor. Espíritu de verdad... Con la elección del término paráclito, ha atribuido al Espíritu de Dios la tarea de perpetuar la obra de Cristo.

De estas breves observaciones se deduce que ninguna de las traducciones propuestas (consolador, abogado, intercesor) corresponde exactamente al sentido que le da Juan. Más vale conservar la simple transcripción «paráclito» y hacer recaer todo el esfuerzo en una determinación más precisa de su papel en la vida de la iglesia.

EL ORIGEN DEL PARÁCLITO

Una serie de expresiones nos permite vislumbrar el origen de la misión del paráclito. Según la primera sentencia, el Padre mismo envía el Espíritu atendiendo a la petición de Jesús (14, 16). La actividad del Espíritu se sitúa en la prolongación exacta de la de Jesús, ya que se le califica de *otro* paráclito. El Padre envía el paráclito «en nombre de Cristo», lo cual marca de forma más estrecha el vínculo que existe entre el Espíritu y Cristo.

Efectivamente, hay que creer en el nombre de Cristo, Hijo de Dios (20,31), para obtener la salvación. El don del Espíritu se nos presenta así dependiente de una exacta confesión de fe (cf. 1 Jn 4, 1-6): negarse a reconocer que Jesús es el Hijo venido en la carne, es separarse del mundo del Espíritu. El mismo Cristo participa del



envío del Espíritu, como se comprueba en 16, 7: «Yo os lo enviaré». Los v. 14s permiten precisar esta relación: del mismo modo que Cristo no enseña más que lo que ha oído junto al Padre (7,16), tampoco el

Espíritu enseña más que lo que ha recibido del Hijo, que a su vez depende totalmente del Padre.

Aunque situadas en el plano de las misiones divinas en la historia de la salvación, estas declaraciones nos dejan entrever algo del misterio de la vida divina. El Espíritu procede de junto al Padre (15, 26) y recibe del Hijo. El credo niceno-constantinopolitano declaraba únicamente que el Espíritu procede del Padre. La teología latina añadió «y del Hijo» (*filioque*), una formulación ciertamente legítima, pero a la que puede preferirse esta otra más conforme con los datos de la Escritura: procede del Padre por el Hijo.

Edouard COTHENET



PUEBLO DE DIOS-ASAMBLEA DE PUEBLO

Cardenal J. Ratzinger HOY PAPA BENEDICTO XVI

“Pueblo de Dios” designa en el N. Testamento casi exclusivamente al pueblo de Israel, no a la Iglesia. Para esta última se empleó el término *ekklesia*, que luego pasó a todas las lenguas neolatinas, convirtiéndose en la denominación específica de la nueva comunidad nacida de la obra de Jesús.

¿Por qué se eligió este término? El vocablo griego que subyace en el latino *ecclesia* se derivaba de la raíz veterotestamentaria (antiguo testamento) *qahal* traducida habitualmente por la expresión “asamblea del pueblo”. Tales “asambleas”, en las cuales el pueblo se constituía como entidad cultural y, a partir del culto, como entidad jurídica y política, existían en el mundo griego como el *semita*.

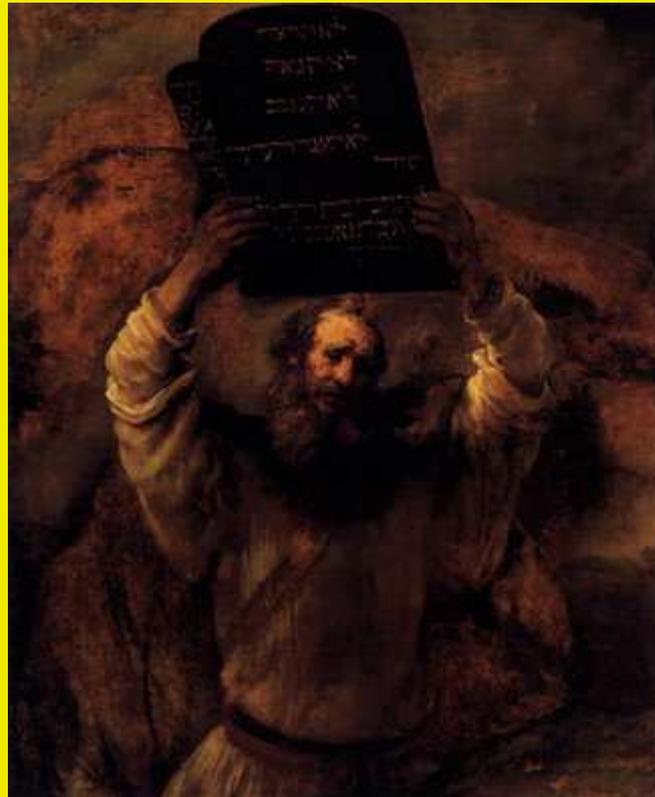


Sin embargo, la *qahal* veterotestamentaria se diferencia de la asamblea plenaria griega, constituía por ciudadanos con derecho de voto, en un doble sentido: en la *qahal* participaba también las mujeres y los niños, que en Grecia no podían ser sujetos activos de la vida política. Ello se



debe a que en Grecia son los hombres quienes con sus decisiones establecen lo que se debe hacer, mientras que la asamblea de Israel se reúne para “escuchar” el anuncio de Dios y darle su asentimiento. Esta concepción típicamente bíblica de la asamblea del pueblo se deriva del hecho que la reunión del Sinaí era vista como modelo y norma de todas las sucesivas reuniones, después del destierro fue repetido solemnemente por Esdras como acto de refundación del pueblo. Pero por la continuación de la dispersión y el retorno de la esclavitud se convirtió cada vez más en núcleo central de la esperanza de Israel un qahal proveniente del mismo Dios, una nueva convocación y fundación del pueblo. La oración por esta convocación-por el nacimiento de la Iglesia-pertenece al patrimonio fuerte de la oración del judaísmo tardío.

Destaca, por tanto el significado del hecho de que la Iglesia naciente escoja precisamente el nombre de Iglesia. De este modo declara que esta oración se ha cumplido en nosotros. Cristo, muerto y resucitado, es el Sinaí, vivo; quienes se acercan a él forman la asamblea elegida y definitiva del pueblo de Dios (Heb 12,18-24). Se comprende así por que no se usó la común definición de “pueblo de Dios” para designar a la nueva comunidad, sino que se



eligió la que indicaba el centro espiritual y escatológico del concepto de pueblo. Esta nueva comunidad se forma sólo en la dinámica de la reunión originada por Cristo y sostenida por el Espíritu Santo, y el centro de esa dinámica es el Señor mismo, que se comunica en su cuerpo y en su sangre.



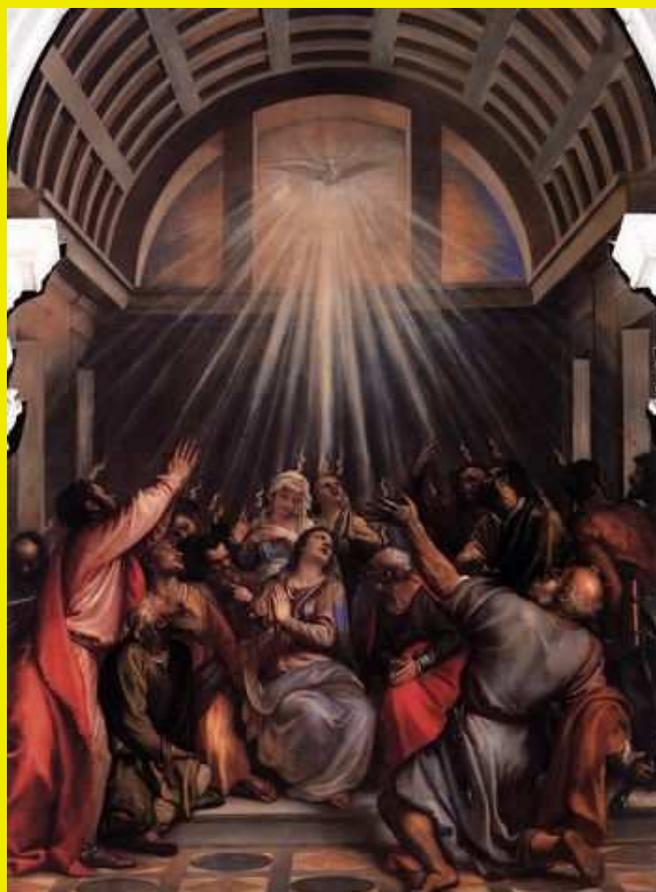
La auto- designación como ecclesia define al nuevo pueblo en la continuidad histórica- salvífica de la alianza, pero también a partir de aquel momento en la clara novedad del misterio de Cristo. Si hay que decir que “alianza” en su origen comprende esencialmente el concepto de ley y de justicia, esto significa entonces que la nueva ley, el amor, se convierte en el centro decisivo, cuya medida suprema fue establecida por Cristo con su entrega hasta la muerte en cruz.

A partir de aquí podemos comprender la amplitud del significado del término ecclesia en el Nuevo Testamento. Él indica tanto la asamblea cultural, como la comunidad local, como la Iglesia de un ámbito geográfico más vasto, como, en fin. La Iglesia idéntica y única de Jesucristo. El Señor con su único sacrificio es el que reúne siempre en sí a su único pueblo. En todos los lugares se verifica la asamblea del único pueblo.

Sólo la auto identificación de Cristo en nosotros, sólo el fundirnos con él nos hace portadores de la promesa; la meta última de la asamblea es la de la completa unidad, es hacerse “uno” con el Hijo, que permite a la vez entrar en la unidad viva de Dios mismo, para que Dios sea todo en todos (1 Cor 15,28).

LA IGLESIA EN LOS HECHO DE LOS APÓSTOLES

El primer cuadro es la permanencia de los discípulos, en la sala de la cena, la reunión de los apóstoles y de la pequeña comunidad de los fieles de Jesús junto con María, así como su unanime perseverar en la oración. Aquí todos los detalles son





importante-: la sala de la cena, el piso superior como lugar de la futura Iglesia,; los once , que son designados por su nombre; María, las mujeres y los hermanos, todos los que constituye u verdadero qahal una asamblea constitutiva de la alianza con sus distintos órdenes, pero al mismo tiempo un espejo del nuevo pueblo en su totalidad. Esta asamblea persevera unánime en la oración, recibiendo así su unidad del Señor. Sustancialmente su actividad estriba en dirigirse al Dios vivo, disponible a su querer. El número 120 permite reconocer el de los doce, su carácter sacral y de promesa, al a vez de la llamada a crecer y



desarrollarse. Finalmente aparece Pedro que en su función de portavoz y de guía, pone en práctica la responsabilidad que el Señor le ha confiado de confirmar a sus hermanos (Lc22, 32). La decisión última y verdadera de deja a la voluntad de Dios. También aquí la comunidad permanece “en oración”. También aquí no se transforma en un parlamento, sino que nos hace comprender lo que es el qahal, lo que la Iglesia.

El segundo cuadro se encuentra al final del segundo capítulo, donde la que ya es Iglesia primitiva se nos presenta en cuatro conceptos; asiduidad en la enseñanza de los apóstoles, que constituye ya una apertura a la sucesión apostólica y a la función de testigo de los sucesores de los apóstoles; perseverancia en la vida de comunidad, en la fracción del pan y en la oración. Podríamos decir que la palabra y sacramento se presenta aquí como las dos columnas fundamentales del edificio vivo de la Iglesia.



Hay que añadir también que la designación del Sacramento como fracción de pan, expresa la dimensión social de la eucaristía, que no es un acto aislado de culto, sino una forma de existencia: la vida en el compartir en la comunión con Cristo que se da a sí mismo. En el centro, entre estos dos cuadros, está la representación lucana de Pentecostés: viento y fuego del Espíritu Santo fundan la Iglesia. Esta no nace de una decisión autónoma, no es producto de una voluntad humana, sino creación del Espíritu Santo. Este Espíritu es la superación del Espíritu babilónico del mundo. La voluntad humana de poder como se expresa en Babilonia tiende a la uniformidad, pues se trata de dominar y de someter, y por eso precisamente suscita odio y división. En cambio, el Espíritu de Dios es amor, y por ello suscita reconocimiento y crea unidad, en la aceptación de la diversidad y de la multiplicidad de lenguas, se comprenden recíprocamente.

La escena de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles presenta el entramado de unidad y multiplicidad, enseñándonos a ver en ello la peculiaridad del Espíritu Santo. El Espíritu del mundo significa sumisión, el Espíritu Santo apertura. A la Iglesia pertenece la multiplicidad de



lengua, o sea, la multiplicidad de culturas que en la fe se comprenden y fecundan mutuamente. En este sentido podemos decir que aquí se perfila el proyecto de una Iglesia que vive en muchas y multiformes Iglesia particulares, pero que así justamente es la Iglesia única. Al mismo tiempo Lucas quiere afirmar con esta representación que en el momento de su nacimiento, la Iglesia era ya católica, era ya Iglesia universal. Nos dice Lucas: primero existió la Iglesia única que habla en todas las lenguas: la ecclesia universales, que luego genera Iglesia en los lugares más diversos, las cuales son todas y siempre realizaciones de la sola y única Iglesia.



Fuente: La iglesia Autor J.Ratzinger

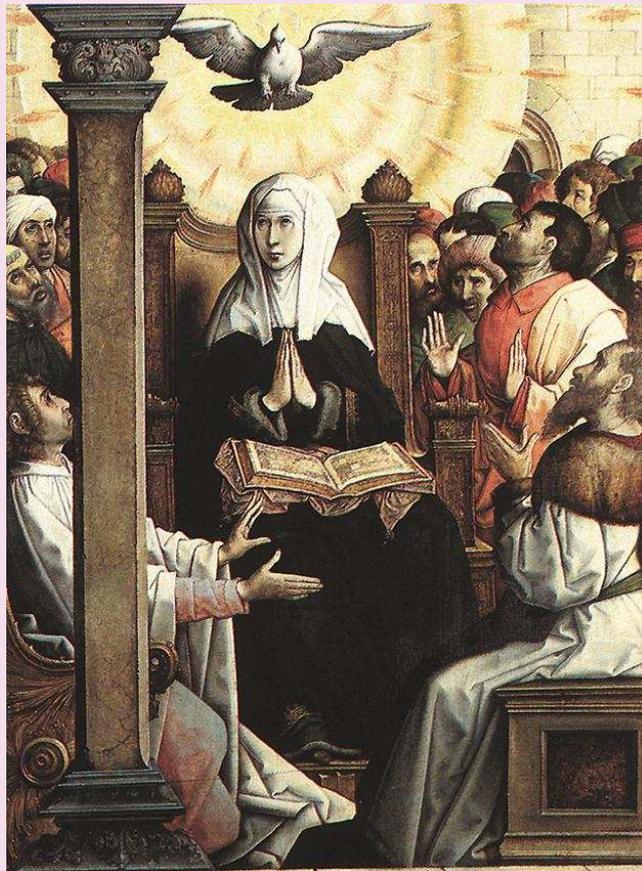


1. Dejémonos guiar por la fuerza del Espíritu Santo y, el Señor, hará obras grandes allá donde estemos. En tiempos de debilidad y de turbulencias es donde hemos de agarrarnos más aún a la providencia.

2. Pensemos que, cada Eucaristía, es un cenáculo donde el Espíritu Santo se hace presente de una forma excepcional. En el pan y en el vino, el poder del Señor, hace que sean su Cuerpo y su Sangre.



3. El Señor, con su Espíritu, cubrió en una inmensa sombra la bondad y la pobreza de María. También a nosotros, el Señor, con su Espíritu, nos



protege, nos auxilia. Sale al encuentro en cada situación proporcionándonos el valor y el coraje necesario para ser sus siervos y testigos de su reino.

4. María se sintió totalmente llena y feliz por el Espíritu Santo. ¿De qué nos tenemos que desprender nosotros? ¿Qué nos impide, como sacerdotes, disfrutar de los innumerables dones, capacidades y caricias que el Señor nos da?

5. El Espíritu Santo, en el día de nuestra ordenación, selló nuestra alma de un modo

definitivo. Renovemos, con nuestro servicio entusiasta y convencido, nuestro sacerdocio. Abramos nuestras manos para que, el Espíritu Santo, una y otra vez, nos consagre en el inmenso amor que Dios nos tiene.

6. El Espíritu Santo proporciona paz en aquellos que invocan su presencia. ¿En qué andamos preocupados? ¿Somos artífices de sosiego, reconciliación y entendimiento? ¿Somos contemplativos y activo o solamente dinámicos y en cortocircuito con Dios?

7. El Espíritu Santo reúne, no divide. “Que todos sean uno”-dijo Jesús-. Sumar, y no restar, debe de ser nuestro celo sacerdotal. Comprender, no rechazar ha de ser nuestro distintivo y nuestro carisma. Los brazos abiertos de Jesús se visualizan en el carácter comprensivo y afable del



sacerdote.

8. El Espíritu Santo inspira la palabra y el gesto oportuno en aquellos que intentamos amar y servir a Dios, querer y brindarnos a nuestros hermanos. ¿Anteponemos nuestros criterios a los de la propia Iglesia? ¿Somos auténticos vehículos transmisores de la Palabra del Señor o de nuestras propias ideas? ¿Vivimos una Iglesia en comunión o a nuestra manera?

9. El Espíritu Santo nos hizo sacerdotes para siempre. ¿Damos gracias a Dios por este don inmerecidamente recibido? ¿Somos sacerdotes que renuevan su sacerdocio diariamente o que, con el paso del tiempo, hemos caído en la monotonía, en los mínimos, en el cumplimiento de lo exigido o exigible?



10. El Espíritu Santo, con su fuerza y su presencia, intenta modelarnos según la figura de Jesús. ¿Es nuestro sacerdocio imitación o identidad con el sacerdocio del Señor? ¿Contrastamos lo que hacemos, vivimos y ofrecemos con aquello que Cristo realizó, sintió y proclamó?



DESEO DEL ESPÍRITU SANTO

Texto tomado de los Sermones del San Juan de Ávila, padre espiritual de Santos y Protector del Clero español.

“No vendrá el Espíritu Santo a ti si no tienes hambre de El. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores^[1] son de Dios, y

señal es que si tienes deseos de Dios, que presto vendrá a ti.

No te canses de desearlo, que aunque te parezca que lo esperas y no viene y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará.

Hermano, ten confianza en Él. Porque debes, Hermano mío, asentar en tu corazón que, si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aún no tienes el deseo que conviene para recibir a tal Huésped. Y si no responde, no es porque no quiera venir, no es porque te tiene olvidado, sino para que perseveres en el deseo, y perseverando hacerte capaz de Él; ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico que nadie lo llama sin que salga vacío de Su Consolación...

¡Y como dice el real profeta David: “Dios no desprecia el deseo de los



humildes, el Señor lo escucha...” (Sal 21, 25). ¿Quién es el pobre? Pobre es aquel que desconfía de sí mismo y confía en Solo Dios. Pobre es aquel que conoce su bajeza; su gran poquedad; que conoce ser un gusano, una podredumbre, y pone juntamente con esto su arrimo[2] en Solo Dios y confía que es tanta su Misericordia que no le dejará vacío de Su Consolación

Consagración al Espíritu Santo:



(Esta oración se la debemos al Siervo de Dios P. Juan González Arintero OP, no sabemos si brotó de su pluma o de algunas de las almas que dirigió a la Santidad. Fue un gran promotor de la devoción al Dulcis Hospes Animae, considero un deber de gratitud el poder también humildemente promoverla)

¡Oh Espíritu santo, lazo divino que unes al Padre y al Hijo en un inefable y estrechísimo vínculo de amor! Espíritu de Luz y de Verdad, dignate derramar sobre mi pobre alma toda la plenitud de tus dones; esta alma que te consagro para siempre, a fin de que seas su preceptor, su director y su Maestro. Te pido humildemente fidelidad a todos tus deseos e inspiraciones y una entrega completa y amorosa a tu divina acción en mí. ¡Oh Espíritu Creador! Ven, ven a obrar en mí la renovación que tanto deseo. Renovación y transformación de tal manera que sea una nueva criatura, una nueva creación, otro Cristo, lleno de tu Gracia, de tu pureza



y de tu amor.

¡Oh Espíritu de Santidad! Concede a mi alma el contacto con tu Pureza, y quedará más blanca que la nieve. Fuente sagrada de Inocencia, de candor y de virginidad, dame de beber de tu Agua Divina, apaga en mi la sed de pureza que me abrasa, bautizándome en aquel Bautismo de Fuego cuyo divino bautisterio es tu Divinidad, eres Tú mismo.

Envuelve todo mi ser en tus purísimas Llamas... ¡Oh Llama viva de Amor! Destruye, devora, consume en los ardores del puro amor todo cuánto haya en mí que sea imperfecto, terreno y mundano. Cuánto sea indigno de Ti.

¡Hiéreme de amor! ¡Hiéreme de amor, Espíritu Santo! Con uno de esos toques íntimos y substanciales, que a manera de saeta encendida penetre mi corazón. Qué sea traspasado mi corazón haciéndome morir a mi mismo y a todo lo que no sea Jesús, el Amado de mi alma. Muerte mística, feliz y misteriosa, que sólo Tú puedes obrar, y que anhelo y pido humildemente.

Como carro divino de fuego, arrebátame de la tierra al cielo, de mi mismo a Dios, haciendo que desde aquí more en aquél Paraíso que es Su Sagrado Corazón.

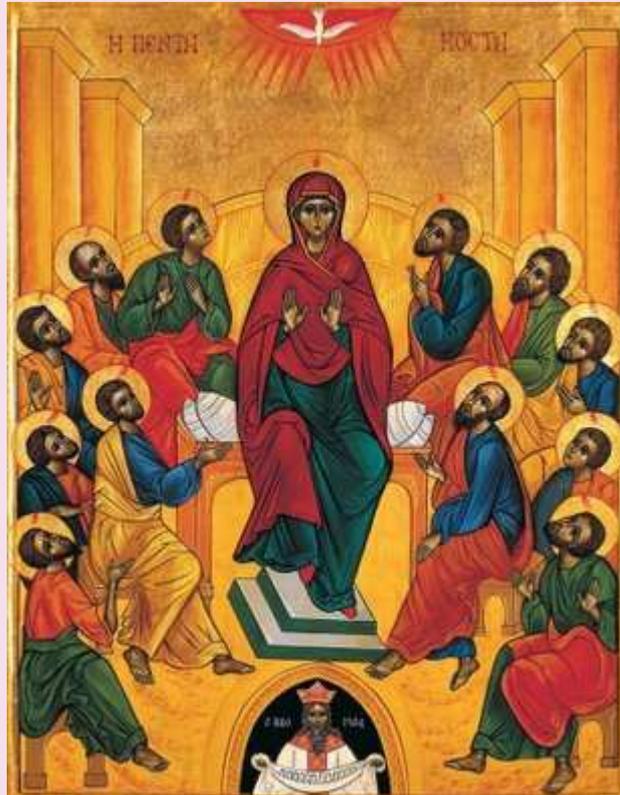
Infúndeme el verdadero espíritu de mi vocación y las grandes virtudes que exige y que son prendas seguras de santidad: el amor a la Cruz, a la humillación, el desprecio de mí mismo, el desapego de todo lo transitorio. Dame una humildad profundísima. Ordena en mí la Caridad. Embriágame en el vino que engendra vírgenes.

Que mi amor a Jesús se perfeccione día a día, hasta llegar a la completa enajenación de mí mismo, a aquella celestial locura y demencia que nos hace perder el sentido humano de las cosas, para seguir los impulsos de la Gracia y la Luz de la fe.

Recíbeme, Espíritu Santo, que del todo y por completo me entrego a Ti. Que sea tu plena posesión. Admíteme en las castísimas delicias de tu unión y en ella desfallezca y expire de puro Amor al recibir tu dulce Beso de Paz.



Oración al Espíritu Santo



(Compuesta por Sor Carmela del Espíritu Santo, carmelita romana, hija espiritual del gran Maestro de Espiritualidad P. Gabriel de Santa María Magdalena ocd.)

¡Oh Espíritu Santo, Amor Substantial del Padre y del Hijo, Amor Increado que habitas en las almas justas!

Ven sobre mí con un nuevo Pentecostés trayéndome la abundancia de tus dones, de tus frutos, de tu Gracia y únete a mí...

Yo me consagro, por las manos virginales de María tu Esposa, a ti totalmente: invádeme, tóname, poséeme todo.

Sé Luz penetrante que ilumine mi entendimiento, suave moción que atraiga y dirija mi voluntad, energía sobrenatural que dé fortaleza a mi cuerpo. Completa en mí tu obra de santificación y de amor.

Hazme puro, transparente, sencillo, verdadero, libre, pacífico, suave, quieto, sereno aún en medio del dolor, ardiente de caridad hacia Dios y mi prójimo.

Ven, oh Espíritu Santo, sobre esta pobre sociedad y renueva la faz de la tierra. Dale la Paz, danos tu Paz, aquella Paz que el mundo no puede dar. Ven, en un nuevo Pentecostés, a tu Iglesia de la cual eres Alma



Vivificante. Renueva tu Santidad en los sacerdotes, danos fervorosos apóstoles, solicita con suaves mociones a las almas buenas a escalar a la Santidad. Sé dulce tormento de las almas de los pecadores. Sé consolador refrigerio de las almas atribuladas y afligidas. Sé fuerza y ayuda para las almas tentadas, sé luz para las que están en las tinieblas. ¡Ven Amor y seremos salvador y renovarás la faz de la tierra!

Bella jaculatoria de Santa María Magdalena de Pazzis:

¡Ven Espíritu Santo, ven por María tu Esposa Inmaculada! ¡Ven y obra en nosotros por la Gracia lo que obraste en Ella por la Gracia y la naturaleza! Forma a Jesús en nosotros.

[1] Aposentadores de Dios: significa que en el deseo ya nos encontramos con un germen de la plena unión. Es la mística de San Bernardo: Desear es ya haber sido encontrado por Dios y es encontrarle. El verdadero amor crece en la medida del deseo. A su vez Pascal en un célebre Pensamiento exclamaba dando la palabra al Señor: “Consuélate no me desearías si ya no me hubieses encontrado”.

[2] Arrimo: bella palabra castellana para expresar la acción de apoyarse, sostenerse, apegarse, adherirse. San Juan de la Cruz la ama especialmente y la utiliza abundantemente en sus obras para hablar de la necesidad de adherirnos a Solo Dios.

***NUESTRO AGRADECIMIENTO
AL P. MARCO ANTONIO FOSCHIATTI***

Publicado por fraternidad



Mediante la Eucaristía *el Espíritu Santo realiza aquel « fortalecimiento del hombre interior »*

Juan Pablo II



62. La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la Cruz y de la Resurrección es *la Eucaristía*. En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el Sacrificio y en la Comunión. Se realiza por obra del Espíritu Santo, dentro de su propia misión.²⁷⁰ Mediante la Eucaristía *el Espíritu Santo realiza aquel « fortalecimiento del hombre interior »* del que habla la



Carta a los Efesios.²⁷¹ Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Paráclito consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo « revela plenamente el hombre al hombre », sugiriendo « una cierta *semejanza entre la unión de las Personas divinas* y la unión *de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad* ». ²⁷² Esta unión se expresa y se realiza especialmente mediante la Eucaristía en la que el hombre, participando del sacrificio de Cristo, que tal celebración actualiza, aprende también a « encontrarse... en la entrega sincera de sí mismo » ²⁷³ en la comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.

Por esto los primeros cristianos, ya desde los días que siguieron a la venida del Espíritu Santo, « acudían asiduamente a la fracción del pan y a la oración », formando así una comunidad unida en las enseñanzas de los apóstoles. ²⁷⁴ De esta manera « reconocían » que su Señor resucitado y ya ascendido al cielo, venía nuevamente, en medio de ellos, en *la comunidad eucarística* de la Iglesia y *por medio de ésta*. Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia desde el principio se manifestó y se confirmó a sí misma a través de la Eucaristía. Y así ha sido siempre en todas las generaciones cristianas hasta nuestros días, hasta esta vigilia del cumplimiento del segundo milenio cristiano. Ciertamente, debemos constatar, por desgracia, que el milenio ya transcurrido ha sido el de las





grandes divisiones entre los cristianos. Por consiguiente, todos los creyentes en Cristo, a ejemplo de los Apóstoles, deberán poner todo su empeño en conformar su pensamiento y acción a la voluntad del Espíritu Santo, « principio de unidad de la Iglesia », ²⁷⁵ para que todos los bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo, se



encuentren unidos como hermanos en la celebración de la misma Eucaristía « sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad ». ²⁷⁶

63. La presencia eucarística de Cristo, su sacramental « estoy con

vosotros », permite a la Iglesia *descubrir* cada vez más profundamente su *propio misterio*, como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual « la Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano ». ²⁷⁷ Como *sacramento*, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la « partida » de Cristo, viviendo de su « venida » siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio.

Si en virtud de la creación Dios es aquél en el que todos « vivimos, nos movemos y existimos », ²⁷⁸ a su vez la fuerza de la Redención perdura y se desarrolla en la historia del hombre y del mundo como en un doble « ritmo », cuya fuente se encuentra en el eterno Padre. Por un lado, es el ritmo *de la misión del Hijo*, que ha venido al mundo, naciendo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; y por el otro, es también el ritmo *de la misión del Espíritu Santo*, como ha sido revelado definitivamente por Cristo. Por medio de la « partida » del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que « se había ido » a través del misterio pascual, « viene » y está continuamente *presente en el misterio*



*de la Iglesia, ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso. Todo esto tiene lugar sacramentalmente por obra del Espíritu Santo, el cual, tomando de las riquezas de la Redención de Cristo, da la vida continuamente. La Iglesia, al tomar conciencia cada vez más viva de este misterio, se ve mejor a sí misma sobre todo como sacramento. Esto sucede también porque, por voluntad de su Señor, mediante los diversos sacramentos la Iglesia realiza su ministerio salvífico para el hombre. El ministerio sacramental, cada vez que se realiza, lleva consigo el misterio de la « partida » de Cristo mediante la Cruz y la Resurrección, por medio de la cual viene el Espíritu Santo. Viene y actúa: « da la vida ». En efecto, los Sacramentos significan la gracia y confieren la gracia; *significan la vida y dan la vida*. La Iglesia es la *dispensadora visible* de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como *dispensador invisible* de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús.*



270 Es lo que expresa la « Epiclesis » antes de la Consagración: « Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean



para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor » (Plegaria eucarística II).

[271](#) Cf. Ef 3, 16.

[272](#) Const. past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

[273](#) Ibid.

[274](#) Cf. Act 2, 42.

[275](#) Conc. Ecum. Vat. II, Decreto Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 2.

[276](#) S. Agustín, In Iohannis Evangelium Tractatus XXVI, 13: CCL 36, p. 266; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, 47.

[277](#) Const. dogrn. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 1.

[278](#) Act 17, 28.

Fuente: **Dominum et vivificantem**
sobre el Espíritu Santo en la Vida de la Iglesia y del Mundo Papa Juan Pablo II



EL ESPÍRITU SANTO EN EL CATECISMOS



696 El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, **el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo.** El profeta Elías que "surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48,1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo, figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1,17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (Lc

3,16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12,49). En forma de lenguas "como de fuego" se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2,3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo. "No extingáis el Espíritu" (1 Ts 5,19).



731 El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor, derrama profusamente el Espíritu.

732 En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los "últimos tiempos", el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado: Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado. [Liturgia]



738 Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios. Ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él. Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual. [San Cirilo de Alejandría]



739 Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, Cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo

740 Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la vida nueva, en Cristo, según el Espíritu

741 "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8,26).
El Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración

742 "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abbá, Padre" (Ga 4,6).

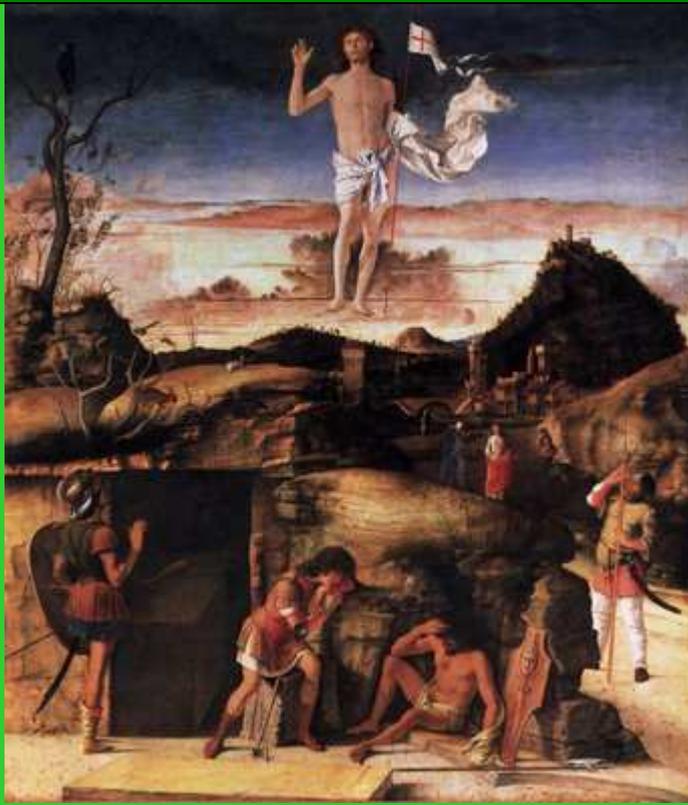
743 Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, cuando Dios envía a su Hijo, envía siempre a su Espíritu: la misión de ambos es conjunta e inseparable.

744 En la plenitud de los tiempos, el Espíritu Santo realiza en María todas las preparaciones para la venida de Cristo al Pueblo de Dios. Mediante la acción del Espíritu Santo en ella, el Padre da al mundo el Emmanuel, "Dios con nosotros" (Mt 1,23).

745 El Hijo de Dios es consagrado Cristo [Mesías] mediante la Unción del Espíritu Santo en su Encarnación.

746 Por su Muerte y su Resurrección, Jesús es constituido Señor y Cristo en la gloria (Hch 2,36). De su plenitud, derrama el Espíritu Santo sobre los apóstoles y la Iglesia.

747 El Espíritu Santo que Cristo, Cabeza, derrama sobre sus miembros, construye, anima y santifica a la Iglesia. Ella es el sacramento de la Comunión de la Santísima Trinidad con los hombres.



1288 "Desde aquel tiempo, los apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban a los neófitos, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del Bautismo. Esto explica por qué en la carta a los Hebreos se recuerda, entre los primeros elementos de la formación cristiana, la doctrina del Bautismo y de la imposición de las manos. Es esta imposición de las

manos la que ha sido con toda razón considerada por la tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la Confirmación, el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia, la gracia de Pentecostés

2623 El día de Pentecostés, el Espíritu de la promesa se derramó sobre los discípulos, "reunidos en un mismo lugar" (Hch 2,1), que lo esperaban "perseverando en la oración con un mismo espíritu" (Hch 1,14). El Espíritu que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo, será también quien la instruya en la vida de oración.

2624 En la primera comunidad de Jerusalén, los creyentes "acudían asiduamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2,42). Esta secuencia de actos es típica de la oración de la Iglesia; fundada sobre la fe apostólica y autenticada por la caridad, se alimenta con la Eucaristía.

2625 Estas oraciones son en primer lugar las que los fieles escuchan y leen en la Sagrada Escritura, pero las actualizan, especialmente las de los salmos, a partir de su cumplimiento en Cristo. El Espíritu Santo, que



recuerda así a Cristo ante su Iglesia orante, conduce a ésta también hacia la Verdad plena, y suscita nuevas formulaciones que expresarán el insondable Misterio de Cristo que actúa en la vida, en los sacramentos y en la misión de su Iglesia. Estas formulaciones se desarrollan en las grandes tradiciones litúrgicas y espirituales. Las formas de la oración,



tal como las revelan los escritos apostólicos canónicos, siguen siendo normativas para la oración cristiana



VISPERAS

El sol se encamina al reposo y nos invita
a dirigir hacia el Cenáculo la mirada.
Allí para la iglesia
imploraste el Espíritu Santo,
quien la liberó de las miserias de la mediocridad,
la inició en la doctrina de Cristo
y avivo en ella
el espíritu de apóstoles y de martires.
También así quieres actuar en nuestro Santuario
fortaleciendo la fe
de nuestros débiles ojos,
para que contemplemos la vida
con la mirada de Dios
y caminemos siempre bajo la luz del cielo

Haz que esa luz me ilumine,
y mire con fe



como el amor del Padre
me acompañó en este día.
Fidelidad a la misión
Sea mi agradecimiento por sus innumerables dones.

El universo entero
con gozo glorifique al Padre, le tribute honra y alabanza
por Cristo, con María,
en el Espíritu Santo,
Ahora y por los siglos de los siglos.
Amén



(Hacia el Padre 211-215)

Padre José Kentenich)



El Crucifijo en el centro del altar



Continuamos ofreciendo las profundizaciones de la Oficina para las celebraciones litúrgicas del Sumo Pontífice. En esta ocasión, el artículo dedicado al crucifijo en el centro del altar.

El **Compendio** del Catecismo de la Iglesia Católica, en el n. 218, hace la pregunta: “¿Qué es la liturgia?”; y responde:

“La liturgia es la celebración del Misterio de Cristo y en particular de su Misterio Pascual. Mediante el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo, se manifiesta y realiza en ella, a través de signos, la santificación de los hombres; y el Cuerpo Místico de Cristo, esto es la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público que se debe a Dios”.



A partir de esta definición, se comprende que en el centro de la acción litúrgica de la Iglesia está Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y su Misterio pascual de Pasión, Muerte y Resurrección. La celebración litúrgica debe ser transparencia celebrativa de esta verdad teológica. Desde hace muchos siglos, el signo elegido por la Iglesia para la orientación del corazón y del cuerpo durante la liturgia es la representación de Jesús crucificado.



La centralidad del crucifijo en la celebración del culto divino se resaltaba mucho más en el pasado, cuando estaba vigente la costumbre de que tanto el sacerdote como los fieles se dirigieran durante la celebración eucarística hacia el crucifijo, puesto en el centro, sobre el altar, que normalmente estaba adosado a la pared. Por la actual costumbre de celebrar “hacia el pueblo”, con frecuencia el crucifijo es hoy colocado a



un lado del altar, perdiendo de este modo la posición central.

El entonces teólogo y cardenal Joseph Ratzinger subrayó en varias ocasiones que, también durante la celebración “hacia el pueblo”, el crucifijo debería mantener su posición central, siendo por otro lado imposible pensar que la representación del Señor crucificado – que expresa su sacrificio y, por lo tanto, el significado más importante de la Eucaristía – pueda ser de alguna manera una molestia. Siendo Papa, Benedicto XVI, en el prefacio al primer volumen de

sus *Gesammelte Schriften*, se ha dicho feliz por el hecho de que cada vez más se está abriendo camino la propuesta que él había hecho en su célebre ensayo *Introducción al espíritu de la liturgia*. Tal propuesta consistía en la sugerencia de “no proceder a nuevas transformaciones sino poner simplemente la cruz en el centro del altar, hacia la cual pueden mirar juntos el sacerdote y los fieles, para dejarse así conducir hacia el Señor, al cual todos juntos oramos”.

El crucifijo en el centro del altar recuerda muchos espléndidos significados de la sagrada liturgia, que pueden resumirse refiriendo el n. 618 del **Catecismo** de la Iglesia Católica, un pasaje que concluye con una

**bella cita de santa Rosa de Lima:**

“La Cruz es el único sacrificio de Cristo «único mediador entre Dios y los hombres» (1 Tm 2,5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, «se ha unido en cierto modo con todo hombre» (GS 22,2), él «ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a



este misterio pascual» (GS 22,5). El llama a sus discípulos a «tomar su cruz y a seguirle» (Mt 16,24) porque él «sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus

huellas» (1 P 2, 21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10,39; Jn 21,18-19; Col 1,24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35): «Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo» (Sta. Rosa de Lima, Vida)”.

Fuente: Oficina para las celebraciones litúrgicas del Sumo Pontífice



El silencio en la Liturgia



Continuando con la serie de profundizaciones preparadas por la Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice, ofrecemos hoy nuestra traducción de otro artículo, titulado: “Los espacios de silencio dentro de la celebración”.

El n. 45 de la [Institutio Generalis Missalis Romani](#) (*editio typica tertia emendata*, 2008), prescribe:

“Debe guardarse también, en el momento en que corresponde, como parte de la celebración, un sagrado silencio. Sin embargo, su naturaleza depende del momento en que se observa en cada celebración. Pues en el acto penitencial y después de la invitación a orar, cada uno se recoge en sí mismo [*singuli ad seipsos convertuntur*]; pero terminada la lectura



o la homilía, todos meditan brevemente lo que escucharon; y después de la Comunión, alaban a Dios en su corazón y oran [*in corde suo Deum laudant et orant*]. Ya desde antes de la celebración misma, es laudable [*laudabiliter*] que se guarde silencio en la iglesia, en la sacristía, en el “secretarium” y en los lugares más cercanos para que todos se dispongan devota y debidamente para la acción sagrada”.

El texto cita, como nota, el n. 30 de la Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium*, que igualmente prescribe: “Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado”. Nótese cómo, en ambos casos, se precisa que el silencio litúrgico es un silencio sagrado, *sacrum silentium*.

El n. 56 de la *Institutio* especifica mejor la importancia del silencio dentro de la Liturgia de la Palabra, mientras que en lo que respecta a la Liturgia eucarística, el n. 78 precisa: “La Plegaria Eucarística exige que todos la escuchen con reverencia y con silencio”.





Luego, el n. 84 subraya la importancia de la observancia del silencio para prepararse bien a recibir la Santa Comunión: “El sacerdote se prepara para recibir fructuosamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo con una oración en secreto. Los fieles hacen lo mismo orando en silencio”.



Finalmente, la misma actitud es sugerida para la acción de gracias después de la Comunión: “Terminada la distribución de la Comunión, si resulta oportuno, el sacerdote y los fieles oran en silencio por algún intervalo de tiempo. Si se quiere, la asamblea entera también puede cantar un salmo u otro canto de alabanza o un himno” (n. 88). En varios otros números de la *Institutio* se repiten prescripciones similares con respecto al silencio, que resulta ser parte integrante de la misma celebración.

El siervo de Dios Juan Pablo II reconoció que, en la praxis actual, la prescripción del Concilio Vaticano II referente al sagrado silencio – prescripción que luego pasó a la *Institutio* – no siempre fue observada



fielmente. Él escribía:

“Un aspecto que es preciso cultivar con más esmero en nuestras comunidades es la experiencia del silencio [...] La liturgia, entre sus diversos momentos y signos, no puede descuidar el del silencio” (*Spiritus et Sponsa*, n.13).

Podemos recordar aquí también un texto del entonces teólogo y cardenal Joseph Ratzinger:

“Nos volvemos cada vez más claramente conscientes de que la liturgia implica también el callar. Al Dios que habla, nosotros le respondemos cantando y rezando, pero el misterio más grande, que va más allá de todas las palabras, nos llama también a callar. Debe ser, sin duda, un silencio lleno, más que una ausencia de palabras y de acciones. De la liturgia se espera precisamente que nos de el silencio positivo en el cual nos encontramos a nosotros mismos” (*Introducción al espíritu de la liturgia*).

Por lo tanto, es de gran importancia la observancia de los momentos de silencio previstos por la liturgia. Ellos son parte integrante tanto del *ars celebrandi* de los ministros como de la *actuosa participatio* de los fieles. El silencio en la liturgia es el momento en que se escucha con mayor atención la voz de Dios y se interioriza su Palabra para que produzca un fruto de santidad en la vida de cada día.

Fuente: [Oficina para las Celebraciones Litúrgicas](#)
[del Sumo Pontífice](#)

Traducción: [La Buhardilla de Jerónimo](#)



Entrevista al autor de "La reforma de Benedicto XVI"

"Hemos puesto al hombre en el centro, en vez de al Señor"

Gran experto en liturgia, Monseñor Bux habla sobre el Motu Proprio



¿Podría explicar en qué consiste la participación actuosa de mente y de corazón?

Dice San Pablo en su Carta a los Romanos, en el capítulo 12, que debemos ofrecer nuestros cuerpos como sacrificio razonable, agradable a Dios. Esa es una participación "activa", es decir; de acto, de acción. Nuestra acción máxima es la de unir nuestra vida a Cristo y, sobre todo, ofrecer nuestra vida a la oferta de Cristo en el sacrificio de la Cruz. Esta es la Misa.

Esta es la participación, la parte que falta cuando San Pablo, en la carta a los colosenses, dice "cumpló lo que falta al sufrimiento de Cristo en mi carne, a favor de su cuerpo, que es la Iglesia". Él quiere decir que esa actividad, esa acción en la liturgia es unir nuestra vida a la de Cristo. Esa es la participación que la constitución litúrgica del concilio habla y remite: promover, pedir. Por tanto, que los fieles en la liturgia sean conscientes de que cumplen esa parte, que falta -en cierto sentido- a Cristo. Uno puede decir "¿Cómo puede ser? ¿A la Redención de Cristo le falta algo?" No, es completa, "todo está cumplido". Es nuestra parte la



que falta, tenemos que poner de nuestra parte. Esto requiere que miremos a Cristo, que le contemplemos.

- Frente a la participación actuosa, ¿cuales son las características de la mala participación?

Se caracteriza en que, en vez de partir de Cristo, partimos de nosotros mismos, de nuestras ideas, de nuestros proyectos, del deseo de éxito, de organizar la liturgia, de crearla, de cambiarla según los gustos subjetivos y, en suma, poniendo en el centro de la liturgia no al Señor, sino a nosotros mismos. Creo que hoy un síntoma de este centralismo humano, antropológico, es la sede del celebrante en el centro de la Iglesia. Nunca en la historia se dio así. Incluso el obispo antiguamente no se sentaba nunca en el centro, sino que encabezaba la asamblea, mientras era el altar lo que estaba en el centro.

- Pero hoy la sede está en el centro...

Hemos puesto al hombre en el centro, en vez de al Señor. Alguno puede objetar que el sacerdote representa a Cristo. Sin duda esto es cierto, aunque en una medida muy reducida. Antes Cristo era representado por la centralidad del santuario, del altar. El sacerdote es un ministro de Cristo, por tanto, importante, pero no puede estar siempre en el centro, cuando ofrece la oración de gracias, la eucaristía.

- ¿Por qué la entrada del *novus ordo* se produjo de una manera tan súbita y, para algunos, tan traumática?

La reforma litúrgica fue impuesta por expertos estudiosos que después se sirvieron de un decreto papal para poder dar fuerza a esa reforma. Es una reforma que no respeta el desarrollo que se había dado antes (1950, 1960) en continuidad, sino que es una reforma que ha creado un trauma. Todos recordamos cuando fue promulgado el calendario de los santos, en 1970; hubo muchas reacciones polémicas; así también cuando fue promulgado el 'Ordo Missae', porque se divisaba que venía obligada una forma de celebrar que no estaba en relación con las formas precedentes.



- ¿Esto quiere decir que la reforma de Pablo VI no fue buena?

Era buena, estaba bienintencionada, pero quizás el mismo Pablo VI, como algunos estudiosos han profundizado, no pensaba que se hubiesen traspasado las fronteras que la constitución litúrgica había establecido, sobre todo en el artículo 23, por ejemplo: “que las nuevas formas deben desarrollarse orgánicamente de las ya existentes”. El rito de Pablo VI puede ser celebrado digna y correctamente si se recupera el sentido de la liturgia que tiene el rito tradicional.

- ¿Cual es el objetivo de las reformas litúrgicas de Santo Padre?

Seguir al Papa significa volver a dar centralidad a Cristo en la liturgia, que es el lugar de la presencia de Dios, donde el hombre lo puede encontrar. El hombre de hoy busca a Dios. “En el mundo hay muchos lugares donde la fe corre el riesgo de apagarse”, dice Benedicto XVI a los obispos después de revocar las excomuniones a los cuatro obispos ordenados por Monseñor Lefebvre. En el mundo la fe corre el riesgo de apagarse, hay una necesidad por hacer a Cristo presente en el mundo. Y no hay mejor modo de hacerlo que celebrar la Liturgia en modo ‘místico’, digno, profundo. Así que debemos seguir al Papa que conoce bien la liturgia desde el punto de vista histórico, moral, jurídico, pastoral.

- Desde luego, Benedicto XVI aboga por ahondar en el estudio de la liturgia.

Todos -tanto amantes de la tradición como los que aman la innovación- hemos de estudiar más las fuentes litúrgicas, la patrística, las Sagradas Escrituras, la teología medieval y moderna, para descubrir todo lo que se ha desarrollado en 2000 años de historia de la Iglesia. Siempre ha habido reformas litúrgicas, pero no de manera traumática, sino con un desarrollo orgánico. La liturgia se debe desarrollar como se desarrolla un paisaje; no con terremotos, sino con una modificación sin traumas, casi sin darse cuenta. Hoy somos muy sensibles al medio ambiente. No queremos que el paisaje se desgaste, queremos que su desarrollo sea respetado. Así también debe ser para la liturgia.



- Que se celebre la Misa con dignidad también parece ser uno de los objetivos de este pontificado.

Dice el Santo Padre que deben haber cada vez más comunidades y lugares ejemplares, que celebren la liturgia con buen ejemplo, con la adoración de Dios. "Participar" quiere decir adorar a Dios, conocer que está presente. Saber que nosotros servimos a Dios, que le damos gloria. Esto es lo que hoy es necesario, porque los jóvenes que buscan climas y ambientes 'excitantes' entren en estos ambientes, que no son iguales a los del mundo. Son distintos porque es el lugar del Cielo en la Tierra, el lugar del encuentro del hombre con Dios. Los jóvenes pueden asombrarse de la belleza de las Iglesias.

- La tradición artística de la Iglesia podría ser de gran ayuda para propiciar este encuentro...

Aquí, en España, tenéis unos retablos muy bellos que son un símil de las iconostasis orientales. Cuando uno entra y ve estos retablos extraordinarios, ojos y corazón van a lo alto: el color, el esplendor, la gloria dada a lo divino. También el oído, que escucha la música gregoriana y polifónica. Son cosas que buscan las generaciones jóvenes. Por no hablar de la lengua sagrada, del latín. Hoy los jóvenes viven en una sociedad multicultural. No tienen el problema de decir "no entiendo la lengua", como las generaciones pasadas. Debemos recrear este clima de la liturgia, que ayuda a la generación de hoy a no buscar en sitios erróneos, sino a buscar a Dios, a buscarse a sí mismos encontrando a Dios.

- ¿El sacerdote mirando a la Cruz en vez de a los fieles cumple una función escatológica?

He dicho antes que la liturgia es la mirada hacia el Señor. De todos, porque la liturgia está enteramente orientada al Señor, es adoración y contemplación del Señor. La posición del sacerdote es vuelto a oriente, es decir, a donde sale el sol, es decir, a Cristo; sol de la justicia, el "sol que surge de lo alto", como dice San Lucas y en el cántico de Zacarías "el Señor que viene y que vendrá". Esta mirada, físicamente, está significada por el hecho que también el sacerdote mira a oriente, y todos los fieles,



si ven que el sacerdote hace eso, mirarán a oriente también. Como dice el Santo Padre en sus escritos de teólogo, “la Misa no es una especie de círculo cerrado”, donde lo que hacemos es, justamente, un círculo, nos miramos entre nosotros, sino que está abierta al futuro, que viene, que irrumpe.

- ¿La Misa *ad orientem* ayuda a los fieles a penetrar en el misterio eucarístico?

La palabra “escatología” quiere decir “las últimas cosas que entran en el tiempo”, del griego “escatá”. Es el Señor quien hace las últimas cosas, las cosas siempre nuevas, el Señor que viene a renovar la tierra. La orientación del sacerdote hacia el ábside, hacia la Cruz, es un hecho muy importante. Ahora el Santo Padre pone la Cruz sobre el altar para que, incluso si no se puede celebrar vuelto al Oriente, la Cruz sea el punto de orientación; para que los fieles no miren al sacerdote, sino a Cristo, a la Cruz. Eso es muy importante como modo de continuar la reforma litúrgica, que no se acaba, que continúa siempre, en cada generación. Por tanto, esto de la orientación hacia el Señor, también física, psicológicamente, ayuda a los fieles a entender que la liturgia está orientada al Señor.

- ¿Se puede decir entonces que la Misa Gregoriana se celebra “de espaldas al pueblo”?

Es una frase artificiosa, porque no es verdad. La Misa hacia el pueblo se ha creado en el siglo XX, por un movimiento de opinión que pensaba darle la vuelta a las cosas. Por desgracia, lo han logrado. La Misa no es “de espaldas al pueblo”. Basta asistir a las liturgias orientales, que se celebran todas vueltas hacia el santuario. Hay una parte que sí está vuelta a la asamblea, la liturgia de la palabra, pero la de la anáfora, de la eucaristía, es hacia el Señor. En la liturgia de la palabra, Dios nos habla. En la Eucaristía, nosotros oramos al Señor, le respondemos. Esto es un punto muy importante, desde el punto de vista teológico, psicológico y misionero.



- Frente a los que acusan a la Misa Gregoriana de 'estecista', ¿qué cabría responderles?

Yo conozco muchos partidarios de la Misa nueva que tienen un gusto "esteticista". Es la tentación de todos, la tentación de la forma. No es una condena, porque el hombre tiene ojos y necesita de la forma. No me puede llegar ningún contenido sin ella. Si veo un dulce, una tarta, que estuviese deformada, no me la como. Si en vez de eso, es bonita, está confeccionada, etc., me atrae.

La liturgia es una forma (en griego 'étesi' y 'forma' son lo mismo), que debe atraer. No es errado que haya estética. Hasta la teología, dice Hans Urs von Balthasar, es una estética, es una belleza que atrae, pero debe atraer al contenido. Por tanto, la estética no es algo exclusivo de los partidarios de la Misa Gregoriana. Está también en los de la liturgia nueva. La estética es la forma a través de la cual llegamos al contenido principal de la liturgia que es "aquél que es la belleza", por definición "el más bello de los hijos de los hombres". Somos atraídos por Él.

Quería concluir invitando a sacerdotes, obispos, y también al Arzobispo de Madrid, a quien he tenido el honor de conocer en el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, que sé que es una persona con gran clarividencia, comprensiva, que profundiza en las cosas, a promover esta realidad. Realidad de muchos jóvenes, que -se puede ver en Internet- quieren la celebración de la liturgia tradicional. Así que invito a los obispos a no cerrar los ojos ante esa realidad. La realidad viene antes que nuestras ideas y, como padres, han de ejercer la paternidad; alentando, sosteniendo, corrigiendo, ayudando. Porque así nosotros ayudaremos a este trabajo del Santo Padre de traer a Dios al mundo y de ayudar a los hombres a encontrar a Dios.

Fuente: <http://www.albadigital.es/2010/05/12/religion/hemos-puesto-al-hombre-en-el-centro-en-vez-de-al-senor/>



la Iglesia salió del Cenáculo el día de Pentecostés

JUAN PABLO II



66. En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las deserciones y retornos de nuestra época, la *Iglesia* permanece *fiel al misterio de su nacimiento*. Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del Cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado. Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostés no pertenece sólo al pasado: la Iglesia está siempre en el Cenáculo que lleva en su corazón. La Iglesia persevera *en la oración*, como los Apóstoles *junto a María*, Madre de Cristo, y junto a aquellos que constituían en Jerusalén el primer germen de la comunidad cristiana y aguardaban, en oración, la venida del Espíritu Santo.

La Iglesia persevera en oración con María. Esta unión de la Iglesia orante con la Madre de Cristo forma parte del misterio de la Iglesia desde el principio: la vemos presente en este misterio como está presente en el misterio de su Hijo. Nos lo dice el Concilio: « *La Virgen Santísima ... cubierta con la sombra del Espíritu Santo ... dio a la luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno* »; ella, « por sus gracias y dones singulares, ... unida con la Iglesia ... *es tipo de la Iglesia* ».²⁸⁵ « La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad ... *se hace también madre* » y « a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera ». Ella (*la Iglesia*) « es igualmente virgen, que guarda ... la fe prometida al Esposo ».²⁸⁶



De este modo se comprende el profundo sentido del motivo por el que la Iglesia, unida a la Virgen Madre, se dirige incesantemente como Esposa a su divino Esposo, como lo atestiguan las palabras del Apocalipsis que cita el Concilio: « *El Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: « ¡Ven! ».*²⁸⁷ La oración de la Iglesia es esta invocación incesante en la que a el Espíritu mismo intercede por nosotros »; en cierta manera él mismo la pronuncia *con la Iglesia y en la Iglesia*. En efecto, el Espíritu ha sido dado a la Iglesia para que, por su poder, toda la comunidad del pueblo de Dios, a pesar de sus múltiples ramificaciones y diversidades, persevere en la esperanza: aquella esperanza en la que « hemos sido salvados ».²⁸⁸ Es *la esperanza escatológica*, la

esperanza del cumplimiento definitivo en Dios, la esperanza del Reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los Apóstoles como Paráclito, es el *custodio y el animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia*.

²⁸⁵ Const. dogm. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 63.

²⁸⁶ Ibid., 64.

²⁸⁷ Const. dogm. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 4; cf. Ap 22, 17.

²⁸⁸ Cf. Rom 8, 24.

FUENTE : *Dominum et vivificantem sobre el Espíritu Santo en la Vida de la Iglesia y del Mundo* Papa Juan Pablo II



DE MARIO HIRIART

Pentecostés es aún un lazo de unión con la tierra: tu estas en medio de los Apóstoles, sosteniéndolos con tu ejemplo y actitud que transparenta a Cristo para ellos; el cáliz lleno de gracia actúa por presencia, transparentando la gracia en su naturaleza, y actúa también entregando esa gracia. Por eso, en Pentecostés, tu eres la Reina de los Apóstoles (diario 20/11/57).

También en ese instante el E. Santo descendió primero a ti, y por tu intermedio a los Apóstoles, para otórgales sus dones. En todo, también en Pentecostés, tu eres el centro de la vida divina, porque estabas llena de gracia y ya el Espíritu había descendido sobre ti en la anunciación: un cáliz lleno de gracias es el centro de la vida apostólica. Diría que el mayor don que recibiste en ese momento.

El cáliz se alza inquebrantable y en torno a él se une la vida (diario 22/10/57)



Fuente. Diarios de Mario Hiriart P.



ORDO MISSA PENTECOSTES





RITOS INICIALES RITUS INITIALES

INTROITUS

ANTÍFONA DE ENTRADA

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sb 1, 7)

El Espíritu del Señor ha llenado toda la tierra; Él da unidad a todas las cosas y se hace comprender en todas las lenguas. Aleluya.

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada.

Cuando llega al altar, el sacerdote con los ministros hace la debida reverencia, besa el altar y, si se juzga oportuno, lo inciensa. Después se dirige con los ministros a la sede. Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Amen.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Saludo SALUTATIO

El Señor esté con vosotros

Dominus vobiscum.

respuesta



Y con tu espíritu.

Et cum spiritu tuo.

ACTO PENITENCIAL

ACTUS PÆNITENTIALIS

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA Collecta

S: Oremus

Dios nuestro, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia extendida por todas las naciones, concede al mundo entero los dones del Espíritu Santo y continúa realizando entre los fieles la unidad y el amor de la primitiva Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA/

Liturgia Verbi

Primera lectura Lectio prima

**Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles: 2,
1-11**

El día de Pentecostés, todos los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar. De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa donde se encontraban.

Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse.

En esos días había en Jerusalén judíos devotos, venidos de todas partes



del mundo. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Atónitos y llenos de admiración, preguntaban: "¿No son galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo, pues, los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay medos, partos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene. Algunos somos visitantes, venidos de Roma, judíos y prosélitos; también hay cretenses y árabes. Y sin embargo cada quien los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua"

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL PSALMUS

Del salmo 103 R/. Envía, Señor, tu Espíritu a renovar la tierra. Aleluya.

Bendice al Señor, alma mía; Señor y Dios mío, inmensa es tu grandeza. ¡Qué numerosas son tus obras, Señor! La tierra está llena de tus criaturas.

R/.

Si retiras tu aliento, toda criatura muere y vuelve al polvo; pero envías tu espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra.

R/.

Que Dios sea glorificado para siempre y se goce en sus criaturas. Ojalá que le agraden mis palabras y yo me alegraré en el Señor.

R/.



SEGUNDA LECTURA LECTIO SECUNDA

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 12, 3-7. 12-13

Hermanos: Nadie puede llamar a Jesús "Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo.

Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo.

En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque todos nosotros, seamos judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu.

**Lector: Palabra de Dios. Verbum Dòmini.
T: Deo gratias.**

SECUENCIA

**1 Ven, Dios Espíritu Santo,
y envíanos desde el cielo
tu luz, para iluminamos.**

**2 Ven ya, padre de los pobres,
luz que penetra en las almas,
dador de todos los dones.**

3 Fuente de todo

**6 Sin tu inspiración divina
los hombres nada podemos
y el pecado nos domina.**

**7 Lava nuestras inmundicias,
fecunda nuestros desiertos
y cura nuestras heridas.**

8 Doblega nuestra



consuelo,
amable huésped del
alma,
paz en las horas de
duelo.

4 Eres pausa en el
trabajo,
brisa, en un clima de
fuego,
consuelo, en medio
del llanto.

5. Ven, luz santificadora,
y entra hasta el fondo
del alma
de todos los que te
adoran.

soberbia,
caliente nuestra
frialdad,
endereza nuestras
sendas.

9 Concede a aquellos
que ponen
en ti su fe y su
confianza
tus siete sagrados
dones.

10 Danos virtudes y
méritos,
danos una buena
muerte
y contigo el gozo
eterno.

ACLAMACIÓN R/.

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. R/.

EVANGELIO EVANGELIUM

Después el diácono (o el sacerdote) va al ambón, acompañado eventualmente por los ministros que llevan el incienso y los cirios; ya en el ambón dice:

El Señor esté con vosotros. Dóminus vobíscum

El pueblo responde:

R:/ Y con tu espíritu. Et cum spíritu tuo

El diácono (o el sacerdote):

Lectura del santo Evangelio según san N.



Léctio sancti Evangélii secúndum

Y mientras tanto hace la señal de la cruz sobre el libro y sobre su frente, labios y pecho.

El pueblo aclama:

R: / Gloria a ti, Señor. Glória tibi, Dómine.

El diácono (o el sacerdote), si se usa incienso, incienso el libro.

Luego proclama el evangelio.

Acabado el evangelio el diácono (o el sacerdote) dice:

Palabra del Señor.

Todos aclaman:

R: / Gloria a ti, Señor Jesús





Lectura (Proclamación) del santo Evangelio

Lectura (Proclamación) del santo Evangelio según san Juan: 20,19-23 O san Juan 14.15-16.23-26

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría. De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo".

Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

S: Palabra del Señor Verbum Domini.

T: Laus tibi, Christe

Homilía

ORATIO FIDELIUM ORACIONES DE LOS FIELES

Credo



LITURGIA EUCARÍSTICA Liturgia Eucarística

ORACION SOBRE LAS OFRENDAS ORATIO SÚPER OBLATA

Señor, que el Espíritu Santo, nos haga comprender mejor, según la promesa de tu Hijo, el misterio de este sacrificio y toda la profundidad del Evangelio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREX EUCHARISTICA PLEGARIA EUCARISTICA

PREFACIO PRÆFATIO

PREFACIO

El misterio de Pentecostés

V. El Señor esté con ustedes.

R. *Y con tu espíritu.*

V. Levantemos el corazón.

R. *Lo tenemos levantado hacia el Señor.*

V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R. *Es justo y necesario.*

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias



siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Para llevar a su plenitud el misterio pascual, enviaste hoy el Espíritu Santo sobre aquellos que habías adoptado como hijos, haciéndolos partícipes de la vida de tu Hijo Único; el mismo Espíritu que, al nacer la Iglesia, dio a todos los pueblos el conocimiento del Dios verdadero y unió a las diversas lenguas en la confesión de una sola fe.

Por eso, con esta efusión del gozo pascual, el mundo entero desborda de alegría y también los coros celestiales cantan un himno a tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo.

Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo.

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Hosanna en el cielo.

En el día de la Ascensión, cuando se usa el Canon romano, se dice "Reunidos en comunión..." propio.

.



**ANTIFONA DE LA COMUNION ANTIPHONA AD
COMMUNIONEM** (Hch 2. 4. 11)

*Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y
proclamaban las maravillas de Dios. Aleluya.*

POSTCOMMUNIO

ORACION DESPUES DE LA COMUNION

Oremus

*Señor, tú que nos concedes participar de la vida divina
por medio de tus sacramentos, conserva en nosotros el
don de tu amor y la presencia viva del Espíritu Santo,
para que esta comunión nos ayude a obtener nuestra
salvación eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.*

ORATIO SUPER POPULUM

BENDICIONES SOLEMNES

Inclinaos para recibir la bendición.

**Luego, el sacerdote, extendidas las manos sobre el
pueblo, dice la bendición.**

Todos responden: Amen.

ESPÍRITU SANTO

Que Dios, Padre de las luces,

**que (en este día) iluminó la mente de los discípulos
con la luz del Espíritu Santo,**



os alegre con su bendición
y os llene siempre con los dones de su Espíritu.

R. Amén.

Que el mismo fuego divino que de manera admirable
descendió sobre los Apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con su claridad.

R. Amén.

Que el mismo Espíritu
que unió todas las lenguas en una sola confesión de fe,
os conceda perseverar en ella
y llegar, así, a ver plenamente lo que ahora esperáis.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

RITUS CONCLUSIONIS

Dóminus vobíscum.

Et cum spíritu tuo.

**Benedícat vos omnípotens Deus, Pater, et
Fílius, et Spíritus Sanctus.**

Amen.

Ite, missa est.

Deo grátias



HOMILIA PAPA JUAN PABLO II



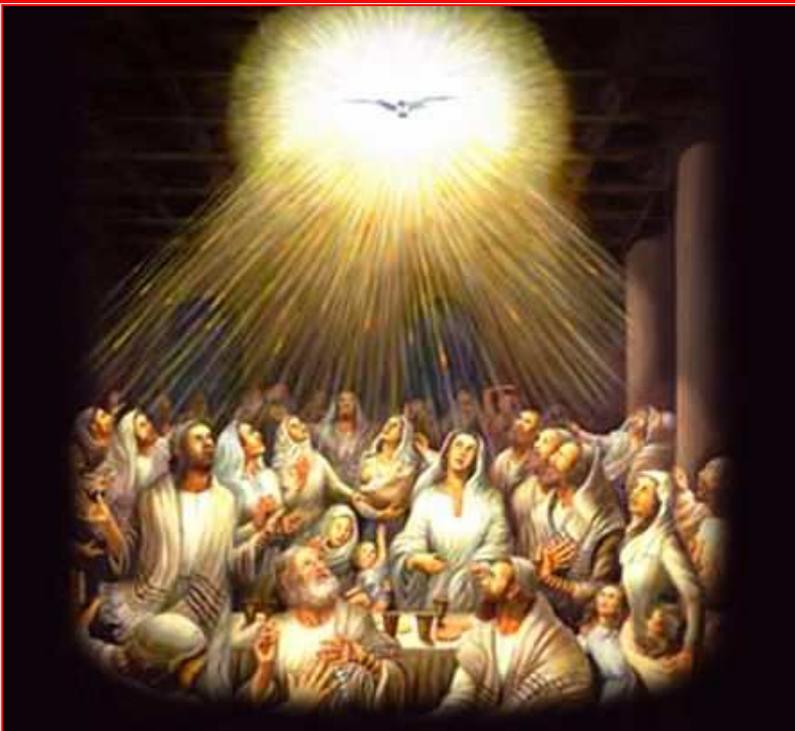
Pentecostés. Ciclo C

(Hch 2,1-11) "Empezaron a hablar en lenguas extranjeras"
(1 Cor 12,3b-7.12-13) "En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común"
(Jn 20,19-23) "Recibid el Espíritu Santo"

Homilía I: con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II

Homilía en la Misa de Pentecostés (22-V-1988)

- La misión del Hijo y del Espíritu Santo**
- La misión de la Iglesia**
- El Espíritu Santo en la Iglesia.**



La misión del Hijo y del Espíritu Santo

“Se llenaron todos
del Espíritu Santo”
(Hch 2,4).

Este es el día (haec est dies), en que el poder del misterio pascual se manifiesta en el nacimiento de la Iglesia.

Este es el día, en que ante Jerusalén -en presencia de los habitantes de la ciudad y de los peregrinos- se cumplen las palabras que dirigió Jesús a los Apóstoles después de la resurrección: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22).

Leemos en los hechos de los Apóstoles: “Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería” (Hch 2,4).

En este discurso, que comprendieron enseguida los que lo escuchaban, incluso los que provenían de distintos países del mundo entonces conocido, se manifiesta el inicio de la misión: “como el Padre me ha enviado, así os mando yo” (Jn 20,21). “Id (por todo el mundo) y haced discípulos de todos los pueblos” (Mt 28,19).



La misión de la Iglesia

La Iglesia lleva dentro de sí desde el día de su nacimiento la misión del Hijo y del Espíritu Santo, y, en virtud del Espíritu de verdad, el Espíritu-Paráclito, permanece en ella la misión del Hijo: el Evangelio de la salvación eterna.

“Les oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua” (Hch 2,11), exclaman totalmente desconcertados los que participaban en el Pentecostés de Jerusalén.

“ ¡Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas!... Envías tu aliento y los creas, y repueblas la faz de la tierra” (Sal 103/104,24.30).

Así se expresa el Salmista.

Sin embargo, “las maravillas de Dios”, que anuncian los Apóstoles el día de Pentecostés por medio de Pedro, tienen un solo nombre: “Jesucristo”. Y hay una sola expresión del poder de Dios, que se ha manifestado entre nosotros: “Jesús es el Señor” (1 Cor 12,3).

Esta gran obra de Dios, la mayor de todas en la historia de la creación y en la historia del hombre, está unida al nombre de Jesús de Nazaret, al Hijo de Dios que “se despojó de su rango tomando la condición de esclavo, que se sometió incluso a la muerte, y una muerte de Cruz, al que Dios levantó y al que Dios le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre": Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (cf. Flp 2,7-9.11).

Señor -Kyrios- significa Dios (Adonai).



El Espíritu Santo en la Iglesia.

Precisamente esta verdad, esta “grande, la mayor obra de Dios” es la que anuncia Pedro el día de Pentecostés. Él habla por virtud del Espíritu Santo. “Nadie puede decir: “Jesús es el Señor”, si no es bajo la acción del Espíritu Santo” (1 Cor 12,3).



Desde el día de Pentecostés de Jerusalén la Iglesia pronuncia esta verdad salvífica: “Jesús es el Señor”. La anuncian los Apóstoles, la acogen los que los escuchan, procedentes de diversos pueblos y naciones de la tierra. Y confiesan: “ ¡Jesucristo -el crucificado y resucitado- es el Señor!”.

Desde el día de Pentecostés, en virtud del Espíritu Santo -que da la vida- comienza la peregrinación en la fe del nuevo Israel, del pueblo mesiánico.

La dignidad de hijos de Dios en cuyos corazones mora el Espíritu Santo como en un templo, se ha convertido en la herencia de este pueblo. El mandato nuevo de amar como Cristo nos ha amado (cf. Jn 13,34) se ha convertido en su ley. El reino de Dios, comenzado en la tierra por el mismo Dios, se ha convertido en su fin. Así enseña el Concilio Vaticano II:



“Este pueblo mesiánico..., aunque no excluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza de salvación” (LG 9).

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento... de la unión íntima con Dios” (LG 1).

DP-60 1988





Homilía III: basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«! Ven, Espíritu Santo!»

I. LA PALABRA DE DIOS

**Hch 2, 1-11: Se llenaron todos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar
Sal 103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34: Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla
la faz de la tierra**

**1 Co 12, 3b-7. 12-13: Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para
formar un solo cuerpo**

**Jn 20, 19-23: Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.
Recibid el Espíritu Santo.**

II. LA FE DE LA IGLESIA

**«El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la
Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se
manifiesta, da y comunica como Persona divina. Desde su plenitud,
Cristo, el Señor, derrama profusamente el Espíritu» (CIC 731).**

**«En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el
Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El: en la
humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la
Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu hace entrar al
mundo en los «últimos tiempos», el tiempo de la Iglesia, el Reino ya
heredado, pero todavía no consumado» (CIC 732).**

III. TESTIMONIO CRISTIANO

**«!Ven, Espíritu Santo,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,**



gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos» (Secuencia del día).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En Pentecostés se vuelve a proclamar el Evangelio del Domingo II de Pascua. Coinciden los comienzos y el fin del Tiempo pascual y ambos abrazan los Cincuenta días «como un solo día que no conoce ocaso... como un gran Domingo». El domingo de Pentecostés destaca el envío de la Iglesia al mundo, impulsada por el Espíritu Santo.

«La misión es trinitaria, del Padre al Hijo y de éste, ``en el Espíritu'', a la Iglesia. Agente decisivo de la primera fue el Espíritu, desde la encarnación hasta la resurrección. Y lo será también de la segunda, «pues la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento» (CIC cf 737; 797).

«En la misión se coloca en primer plano el perdón de los pecados, porque Jesús fue enviado a liberar a los hombres de la esclavitud más grande, la del pecado... obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas» CIC (549 y 430). Lo mismo la Iglesia que recibió la misión del Jesús (cf CIC 976).

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

«El Espíritu y la Iglesia en ``los últimos tiempos''»: CIC 731-741.

«La Iglesia, Templo del Espíritu Santo»: CIC 797-801.



La respuesta:

Catequesis sobre el misterio de la Iglesia: 7 CIC 70-776.

La misión tarea permanente de la Iglesia y de todos sus miembros: CIC 849-852; 863.

C. Otras sugerencias

Los carismas: son dones de Dios a la Iglesia y al mundo; se han de ejercer en la unidad y caridad del Cuerpo de Cristo; requieren, por tanto, el discernimiento de los pastores de la Iglesia (cf 799-801).





LECTIO DIVINA

Lectio:

Domingo, 23 Mayo, 2010

La promesa del Consolador. El Espíritu Santo, maestro y memoria viva de la Palabra de Jesús
Juan 14, 15-16.23-2

1. Oración inicial

Señor, Padre misericordioso, en este día santísimo yo grito hasta ti desde mi cuarto con las puertas cerradas; a ti elevo mi oración desde el miedo y la inmovilidad de la muerte. Haz que venga Jesús y que se detenga en el centro de mi corazón, para arrojar toda miedo y toda oscuridad. Haz que venga tu paz, que es paz verdadera, paz del corazón. Y haz que venga tu Espíritu Santo, que es fuego de amor, que inflama e ilumina, funde y purifica; que es agua viva, que salta hasta la vida eterna, que quita la sed y limpia, bautiza y renueva; que es viento impetuoso y suave al mismo tiempo, soplo de tu voz y de tu respiro; que es paloma anunciadora de perdón, de un comienzo nuevo y duradero para toda la tierra.

Manda tu Espíritu sobre mí, en el encuentro con esta Palabra, en este encuentro con tu Palabra, en la escucha de ella y en la penetración de los misterios que ella conserva; que yo sea colmado y sumergido, que sea bautizado y hecho hombre nuevo, por el don de mi vida a ti y a los hermanos. Amén, aleluya.



2. Lectura

a) Para situar el pasaje en su contexto:

Estos pocos versículos, por otra parte no continuos, son como algunas gotas de agua extraídas del océano; de hecho, forman parte del largo y estupendo discurso del evangelio de San Juan que desde el cap. 13,31 abarca a todo el capítulo 17. Desde el comienzo hasta el final de esta unidad discursiva, profundísima e indecible, se trata solamente de un único tema: «ir a Jesús», que aparece incluso en 13, 33: *“Todavía por un poco estoy con vosotros, donde yo voy, vosotros no podéis venir”* y en 16, 28: *“Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre.»* y aún en 17, 13: *“Pero ahora voy a ti, Padre”*. El ir de Jesús hacia el Padre incluye también el significado de nuestro caminar, de nuestro recorrido existencial y de fe en el mundo; aquí es donde aprendemos a seguir a Jesús, a escucharlo, a vivir como Él. Aquí se nos ofrece la revelación más completa sobre Jesús en el misterio de la Trinidad, como también la revelación sobre su vida cristiana, su poder, su misión, su alegría y su dolor, su esperanza y su lucha.

Penetrando estas palabras, podemos encontrar la verdad del Señor Jesús y de nosotros ante Él, en Él.

Estos versículos hablan en particular de tres motivos de consolación muy fuertes para nosotros: la promesa de la venida del Consolador; la venida del Padre y del Hijo al alma del discípulo que cree; la presencia de un maestro, que es el Espíritu Santo, gracias al cual la enseñanza de Jesús no pasará jamás.



b) Para ayudar en la lectura del pasaje:

vv. 15-16: Jesús revela que la observancia de sus mandamientos no está hecha a base de constreñir, sino que es un fruto dulce, que nace del amor del discípulo hacia Él. A esta obediencia amorosa está unida la oración omnipotente de Jesús por nosotros. El Señor promete la venida de otro Consolador, enviado desde el Padre, que permanecerá siempre con nosotros para conjurar definitivamente nuestra soledad.

vv. 23-24: Jesús repite que el amor y la observancia de sus mandamientos son dos realidades vitales esencialmente unidas entre sí, que tienen el poder de introducir al discípulo en la vida mística, esto es, en la experiencia de la comunión inmediata y personal con Jesús y con el Padre.

v. 25: Jesús afirma una cosa muy importante: hay una diferencia substancial entre las cosas que Él ha dicho mientras estaba *junto* a los discípulos y las cosas que dirá después cuando, gracias al Espíritu, Él estará *dentro* de ellos. Antes, la comprensión era solo limitada, porque la relación con Él era externa: la Palabra venía de fuera y llegaba a los oídos, pero no eran pronunciadas dentro. Después, la comprensión será plena.

v. 26: Jesús anuncia al Espíritu Santo como maestro, que no enseñará ya desde fuera, sino viniendo desde dentro de nosotros. Él vivificará las Palabras de Jesús, que habían sido olvidadas y las recordará, hará que los discípulos puedan comprenderlas plenamente.



c) El texto:

¹⁵ Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; ¹⁶ y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre.

²³ «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. ²⁴ El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra no es mía, sino del Padre que me ha enviado. ²⁵ Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. ²⁶ Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho.



3. Momento de silencio orante

Dentro de la escuela del Maestro, el Espíritu Santo, me siento a sus pies y me abandono en su presencia; abro mi corazón, sin miedo, porque Él me instruye, me consuela, me amonesta, me hace crecer.

4. Algunas preguntas

a) “*Si me amáis*”. Mi relación con el Señor, ¿es una relación de amor o no? ¿Hay espacio en mi corazón para Él? Miro dentro de mí y me pregunto: ¿“Dónde está el amor de mi vida, existe?” Y si me doy cuenta que dentro de mí no existe el amor, o hay poco, trato de preguntarme: “¿Qué es lo que me bloquea, lo que tiene mi corazón cerrado, prisionero, con tanta tristeza y soledad?”



b) "*Observaréis mis mandamientos*". Me sale al encuentro el verbo *observar*, con toda la carga de sus muchos significados: mirar bien, proteger, prestar atención, conservar en vida, reservar y preservar, no arrojar, mantener con cuidado, con amor. ¿Vivo iluminado por estas actitudes mi relación de discípulo, de cristiano, con la Palabra y los mandamientos que Jesús nos ha dejado para nuestra felicidad?

c) "*Él os dará otro Consolador*". ¿Cuántas veces me he puesto a la búsqueda de alguno que me consolara, se preocupara de mí, me mostrase afecto o prestara atención? ¿Me he convencido que la verdadera consolación viene del Señor? O, ¿me fío más de las consolaciones que yo encuentro, que mendigo aquí y allí, que recojo como migajas, sin poder quitar el hambre verdaderamente?

d) "*Haremos morada en él*". El Señor está a la puerta, llama y espera; Él no fuerza, no constriñe. Él dice: "Si quieres...". Me propone de convertirme en su casa, en el lugar de su reposo, de su intimidad; Jesús está pronto, es feliz de poder encontrarme, de unirse a mí en una amistad del todo especial. Pero ¿estoy yo pronto? ¿estoy esperando la visita, la venida, la entrada de Jesús en mi existencia más íntima y personal? ¿hay lugar para Él en mi casa?

e) "*Os recordará todo lo que os dicho*". El verbo "recordar" conlleva otra realidad muy importante, esencial, diría. Soy provocado, escrutado por la Escritura. ¿Dónde aplico mi memoria? ¿Qué es lo que me esfuerzo en retener en la mente, hacer vivir en mi mundo interior? La Palabra del Señor es un tesoro muy precioso; es una semilla de vida que se ha sembrado en mi corazón; ¿presto atención a esta semilla? ¿Sé que me defenderá de los miles de enemigos y peligros que me asaltan: los pájaros, el calor, las piedras, las espinas, el maligno? ¿Llevo conmigo, cada mañana, una Palabra del Señor para recordarla



durante el día y hacer de ella mi luz secreta, mi fuerza, mi alimento?

5. Una clave de lectura

En este momento me acerco a cada uno de los personajes presentes en estas líneas, me pongo a la escucha, en oración, en meditación – rumiando - en contemplación ...

El rostro del Padre:

Jesús dice: *“yo pediré al Padre”* (v. 16) y levanta un poco el velo del misterio de la oración: ella es el camino que conduce al Padre. Para llegar al Padre se nos ha dado el camino de la oración; como Jesús vive su relación con el Padre a través de la oración, así nosotros. Recorro las páginas del Evangelio y busco atentamente cualquier indicio respecto a este secreto de amor entre Jesús y su Padre, ya que entrando en aquella relación, también yo puedo conocer más a Dios, mi Padre.

“Y os dará otro Consolador”. El Padre es el que nos da al Consolador. Este don está precedido del acto de amor del Padre, que sabe que necesitamos de consolación: Él ha visto mi miseria en Egipto y ha oído mi grito, conoce, de hecho, mis sufrimientos y ve mi opresión, que me atormentan (cfr. Ex 3, 7-9); nada se escapa a su amor infinito por mí. Por todo esto, Él nos da el Consolador. El Padre es Dador: todo viene de Él y de nadie más.

“Mi Padre le amará” (v. 24). El Padre es el Amante, que ama con amor eterno, absoluto, inviolable, imborrable. Como lo dice Isaías, Jeremías y todos los profetas (cfr. Jr 31,3; Is 43,4; 54,8; Os 2,21; 11,1).

“Vendremos a él”. El Padre está unido a su Hijo Jesús, es una



sola cosa con Él y con Él viene a cada hombre, está dentro de cada hombre. Se traslada, sale, se inclina y camina hacia nosotros. Impulsado por un amor delirante e inexplicable, Él se acerca a nosotros.

“Y haremos morada en él”. El Padre construye su casa en nosotros; hace de nosotros, de mi existencia, de todo mi ser, su morada. Él viene y no se va, sino que permanece fielmente.

El rostro del Hijo:

“Si me amáis...” (v. 15); *“Si alguno me ama...”* (v. 23). Jesús entra en relación conmigo de un modo único y personal, cara a cara, corazón a corazón, alma a alma; me propone un lazo intenso, único, irrepetible y me une a Sí a través del amor, si yo quiero. Siempre pone el “si” y dice, llamándome por mi nombre: “Si quieres...”. El único camino que Él recorre para llegar a mí, es la del amor; de hecho, percibo que los pronombres “vosotros” y “alguno” están relacionados al “me” del verbo “amar” y de ningún otro verbo.

“Yo pediré al Padre” (v. 16). Jesús es el orante, que vive de la oración y para la oración; toda su vida está llena de oración, era oración. Él es el sumo y eterno sacerdote que intercede por nosotros y ofrece oraciones y súplicas, acompañadas de lágrimas (cfr. Hb 5, 7), por nuestra salvación: *“De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor”* (Hb 7, 25).

“Si alguno me ama guardará mi palabra” (v. 23); *“El que no me ama no guarda mis palabras”* (v. 24). Jesús me ofrece su Palabra, me la da como consigna, para que yo la cuide y la guarde, la ponga en el tesoro de mi corazón y allí me dé calor, la vele, la contemple, la escuche y, haciéndolo así, la haga fructificar. Su



Palabra es una semilla; es la perla más preciosa de todas, por la cual vale la pena vender todas las riquezas; es el tesoro escondido en el campo, por el cual se excava en el mismo, sin temer al cansancio; es el fuego que nos hace arder el corazón en el pecho; es la lámpara que nos permite tener luz para nuestros pasos, aunque la noche sea oscura. El amor a la Palabra de Jesús se identifica con mi amor por el mismo Jesús, por toda su persona, ya que Él, en definitiva, es la Palabra, el Verbo. Y, por lo tanto, en estas palabras, Jesús me está gritando al corazón ¡que es a Él a quien debo guardar!

El rostro del Espíritu Santo:

“El Padre os dará otro Consolador” (v. 16). El Espíritu Santo nos es dado por el Padre; él es la “dádiva buena y el don perfecto que viene de lo alto” (St 1, 17). Él es “otro Consolador” con relación a Jesús, que se va y viene para no dejarnos solos, abandonados. Mientras que esté en el mundo, yo no estoy desconsolado, sino confortado por la presencia del Espíritu Santo, que no es solamente un consuelo, sino mucho más: es una persona viva junto a mí siempre. Esta presencia, esta compañía es capaz de darme la alegría, la verdadera alegría; de hecho dice San Pablo: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz ...” (Gal 5, 22; cfr. también Rm 14, 17).

“Para que esté con vosotros para siempre”. El Espíritu está en medio de nosotros, está conmigo, como Jesús estaba con los discípulos. Su verdadera presencia se hace presencia física, personal; yo no lo veo, pero sé que está y que no me abandona. El Espíritu permanece para siempre y vive conmigo, en mí, sin una limitación de tiempo o de espacio; así Él es el Consolador.

“Os lo enseñará todo” (v. 26). El Espíritu Santo es el Maestro, el que abre la vía para el conocimiento, para la experiencia; nadie,



fuera de Él, puede guiarme, plasmarme, darme una forma nueva. Su escuela no es para alcanzar una ciencia humana, que hincha y no libera; sus enseñanzas, sus sugerencias, sus indicaciones concretas vienen de Dios y a Dios vuelven. El Espíritu Santo enseña la sabiduría verdadera y el conocimiento (Sal 118, 66), enseña la voluntad del Padre (Sal 118, 26.64), sus senderos (Sal 24,4), sus mandamientos (Sal 118, 124.135), que hacen vivir. Él es el Maestro capaz de guiarme a la verdad plena (Jn 16, 13), que me hace libre en lo más profundo, hasta donde se divide el alma y el espíritu, donde solamente Él, que es Dios, puede llevar vida y resurrección. Es humilde, como Dios, y se abaja, desciende de su cátedra y viene dentro de mí (cfr. Hch 1, 8; 10, 44), se entrega a mí así, de modo pleno, absoluto; no es celoso de su don, de su luz, sino que la ofrece si medida.

6. Un momento de oración: Salmo 30

Canto de alabanza al Señor,
que nos ha enviado desde lo alto la vida nueva del Espíritu.

R. Tu me das la vida plena, Señor, aleluya!

Te ensalzo, Yahvé, porque me has levantado,
no has dejado que mis enemigos se rían de mí.
Yahvé, Dios mío, te pedí auxilio y me curaste.
Tú, Yahvé, sacaste mi vida del Seol,
me reanimaste cuando bajaba a la fosa. *R.*

Cantad para Yahvé los que lo amáis,
recordad su santidad con alabanzas.
Un instante dura su ira,
su favor toda una vida;
por la tarde visita de lágrimas,
por la mañana gritos de júbilo. *R.*



Al sentirme seguro me decía:
«Jamás vacilaré».
Tu favor, Yahvé, me afianzaba
más firme que sólidas montañas;
pero luego escondías tu rostro
y quedaba todo conturbado.
A ti alzo mi voz, Yahvé,
a mi Dios piedad imploro. *R.*

¡Escucha, Yahvé, ten piedad de mí!
¡Sé tú, Yahvé, mi auxilio!
Has cambiado en danza mi lamento:
me has quitado el sayal, me has vestido de fiesta.
Por eso mi corazón te cantará sin parar;
Yahvé, Dios mío, te alabaré por siempre. *R.*

7. Oración final

Espíritu Santo, deja que te hable todavía, una vez más; para mí es difícil separarme del encuentro de esta Palabra, porque en ella estás presente Tú, vives y actúas Tú. Te presento, a tu intimidad, a tu Amor, mi rostro de discípulo; me reflejo en Ti, Espíritu Santo. Te entrego, dedo de la derecha del Padre, mis proyectos, mis ojos, mis labios, mis orejas... realiza la obra de curación, de liberación y de salvación; que yo renazca hoy, como hombre nuevo del seno de tu fuego, de la respiración de tu viento. Espíritu Santo, sé que no he nacido para permanecer solo; por esto, te ruego: envíame a mis hermanos, para que pueda anunciarles la Vida que viene de Ti. Amén. ¡Aleluya!